

# Un Cálido Rincón

Dr. Bartolomé Grillo – Carlos Mendive 1987

Digitalizado del original por Tte.Cnel W. Fontes Mayo 2008 – email: <u>wfontes@montevideo.com.uy</u>

Transcripción de documentos de interés para el estudio de la historia antártica del Uruguay.

Un aporte para el Año Polar Internacional 2007 – 2008

Copyleft: se autoriza su reproducción, mencionando la fuente.



# Callino Binesia Unionale Callino Binesia Calli

7104

# **PROLOGO**

Los pacientes de Ángel Grillo habrán de recoger de este libro una desconcertante imagen del doctor. Porque no ha de ser fácil reconocer al pulcro médico de los subsuelos de Impasa, ciudadano en los reinos de la Asepsia, en la figura de un hombre con camisa leñadora y pantalón vaquero, gorra de lana, botas y lentes de sol, además de un grueso rompevientos. Es que el libro de Carlos Mendive sorprende lo ocurrido cuando Grillo canjeó la certeza puntual de sus diagnósticos mediante tomografía y angiología computada, por la aventura de la investigación científica: una actividad que compromete a la imaginación más de lo que suele creerse. Y, en este caso, un desafío que reclama también el riesgo y el coraje.

Pero, si esta metamorfosis del doctor Grillo puede resultar sorprendente, más acaso lo es esta otra circunstancia: el protagonista incuestionable de esta odisea austral no protagoniza, propiamente, nada, desde que la Antártida aparece aquí como el blanco confín que ha borrado las fronteras de las nacionalidades, para la edificación de una patria de la solidaridad. Allí, una viva lección cotidiana muestra la insuficiencia de cualquier acción individual y la necesidad que cada hombre tiene de los otros. Es curioso que este redescubrimiento de la índole esencialmente social de la criatura humana ocurra -precisamente- cuando el hombre ya o está casi en sociedad, sino librado a sí mismo en el escenario de implacables leyes biológicas y cambiantes meteoros. El relato de Carlos Mendive tiene la fuerza suficiente para aislar al hombre -a los hombres, mejor dicho- y enfrentarlos a la tranquila frialdad de algo tan seguro e incomprensible como el propio destino.

Bien se echará de ver que -con todo esto- también Carlos Mendive está distinto en este libro, y su metamorfosis no es menos sorprendente que la transformación del doctor Grillo. En primer lugar, estamos habituados a ver cómo sus ojos -detrás de los cristales, es claro-escudriñan el mundo bien conocido de rincones, historias y personajes montevideanos. Aquí, Mendive solicita a su fantasía -si bien alimentada por una información cuantiosa- lo necesario para pintar una geografía remota y una humanidad diferente de la que se usa. En segundo lugar -y salvo en alguna situación excepcional o algún giro coloquial empleado al azar- no hay aquí humor de ninguna especie, de modo que Mendive aparece destituido de lo que es su natural oficio y vocación. El asunto -si bien se mira- no es de poca monta, porque desde Bergson se sabe que la risa es la sanción a los otros, de modo que, en su suspensión, Mendive habría sido ganado por una sutil forma de la solidaridad que es también hija de la Antártida.

En algo, sin embargo, permanece Mendive igual a sí mismo, y es en su habilidad narrativa. El lector verá por sí mismo con cuánta destreza está aquí jugado cierto enigmático personaje -el alemán inseparable de su perro- que existe para la curiosidad. Se apreciará, asimismo, que cada capítulo gira en torno a algún hecho de interés narrativo: a un incidente novelesco, se estaña a punto de decir. Y sin embargo, el relato no concede nada a la novela -ni una sola trampa, ni un solo pasaje para la seducción inauténtica- y se mantiene en los límites de la crónica. Mendive sigue siendo, en suma, el periodista, aunque no sea fácil enlazar la seriedad de su trabajo con el ánimo habitual de su "Farándula".

Jorge Albistur

Dr. Bartolomé Grillo – Carlos Mendive Diciembre 1987

#### **CAPITULO I**

Conocí al Dr. Ángel Grillo la tarde que ingresé por primera vez a los distintos recintos y consultorios donde se llevan a cabo los estudios de Tomografía Computada, ubicados en el subsuelo del Sanatorio IMPASA.

Iba acompañando a mi padre, a quien debían realizar una tomografía de control por una operación que le habían practicado tiempo atrás.

Luego de ubicar al paciente en el lugar indicado, comenzaron a funcionarlos mecanismos que emiten un inmediato diagnóstico. Quienes lo interpretan están alejados del paciente. Se ubican frente a determinadas procesadoras de datos que emiten con asombrosa fidelidad signos que, para un lego en la materia, son absolutamente indescifrables.

Para una persona que por primera vez toma contacto con tan sofisticados aparatos, y observa la sobriedad del ambiente, la mesura y tranquilidad con que se mueven, dialogan y trabajan sus técnicos, no deja de ser una experiencia inquietante.

Se adquiere conciencia que la vida, propia o de un familiar, depende de un diagnóstico: irrefutable e inapelable. Ya no es el rostro de preocupación de un facultativo al auscultar una espalda o al insistir, a través de un pequeño círculo metálico que recorre el tórax, tratando de interpretar los distintos ritmos de un corazón.

Allí en ese ambiente, donde predominan colores claros, no hay lugar al error o, al menos, a la mentira piadosa, al diagnóstico que se calla o se pospone.

Cuando trasponemos sus distintas puertas, nuestra vida comienza a depender de los mecanismos de una computadora. Indudablemente que para la ciencia, y en particular la medicina, no deja de ser una inapreciable conquista que le permite atacar a tiempo la causa de graves enfermedades.

Lo realmente triste es constatar que la vida que comenzó con un grito o un llanto, se resiste a quedar inerte en medio de cables, ecuaciones y exactitudes que denuncian que aquel llanto fue premonitorio o aquel grito está perdiendo vigor.

Frente a la procesadora de datos, se encontraba, entre otros, el Dr. Grillo, uno de los médicos del servicio.

Terminado el examen, aguardamos en la sala de espera. En determinado momento, una elegante y amable funcionaría me invitó a pasar a un ambiente contiguo. Cuando ingresé al Grillo se encontraba sentado detrás de un escritorio. Teniendo en sus manos las placas, me hizo saber el resultado del examen e indicó el tratamiento a seguir. Luego de intercambiar algunas palabras; nos despedimos cordialmente.

En minutos, el paciente fue introducido en la ambulancia que lo llevaría de vuelta a su hogar. Sentada jumo a él, se ubicó mi madre.

Yo me encamine hacia el bar del sanatorio a beber un refresco. Curiosamente tales ambientes no dan la impresión de ser anexos de edificios donde mora gente que no se siente bien.

El de IMPASA no es una excepción.

No deja, además, de ser un lugar agradable frecuentado por gente elegante que, por fortuna, no da pautas tic una mayor preocupación por sus enfermos.

Estaba observando la variedad de marcas de whiskies que se alineaban en sus estantes, cuando sentí que me tocaban el hombro. Era Grillo que había finalizado la consulta y se disponía a beber algo fresco.

Depositó el portafolio en una silla contigua a la mía, para sentarse a la misma mesa.

Tuve la discreción de no hacer referencia al examen a que había sido sometido mi padre. Me parecía imprudente hacerle cualquier pregunta acerca de la consulta que acababa de tener. No obstante, luego que le di un segundo sorbo al refresco, le dije:

-Y doctor..., ¿qué le parece lo del viejo?

A partir de la contestación, pero fundamentalmente como consecuencia de su preocupación posterior por la salud de mi padre, fue que nos comenzamos a ver con cierta frecuencia.

Y, lo más importante, a tratarnos como amigos.

De ahí que haya visitado el Centro de Angiología Digital que funciona en el Hospital Español, que me haya enterado de' sus preocupaciones científicas y conocido a miembros de su familia.

Una mañana, al ingresar al local de un restaurante céntrico, escuché que alguien me llamaba. Al girar la cabeza vi almorzando en una mesa a Grillo y dos personas más. Me invitó a que me sentara con ellos y después que me hubo presentado a sus acompañantes, me dijo dando pautas de una gran novelería:

- -¿Adivina adonde nos vamos de acá a veinte días?
- -No sé, le contestó, mientras le observaba su blanca e impecable vestimenta de medico.
- -¡Moríte!... nos vamos a la Antártida.
- -¿A la Antártida?, respondí sorprendido.
- -Sí, sí... aunque no me creas... vamos a estudiar la composición de la sangre de los pingüinos.

Estimulado por un clarete, me fui enterando de corno se había programado la expedición, cuáles eran sus preocupaciones científicas, inquietudes y metas.

Lo que aquel mediodía realmente me impactó fue el calor y entusiasmo con que me relataba sus proyectos, lo que pensaba realizar por aquellas zonas y cuáles podían ser los resultados de sus experiencias e investigaciones.

Después del café nos despedimos; convinimos en vernos a los dos días en su servicio del Hospital Español.

Debo reconocer que pocas veces un encuentro me deparó tantas sorpresas.

Cuando arribé, Grillo ya me estaba esperando en su auto. A su lado, se encontraba uno de los comensales que había conocido días antes y que resultó ser el practicante de medicina Freddy Terra, que formaría parte de la expedición a los mares del Sur. Apenas me acomodé en el asiento posterior del coche, éste arrancó a excesiva velocidad. De ahí que le haya preguntado:

- -¿Vas a ver a un paciente?
- -No... Voy a buscar a un pingüino al Puerto del Buceo, me contestó sin inmutarse.

Efectivamente íbamos en busca de una de esas aves que abundan en el Polo Sur y que alguien las había de teclado en las inmediaciones del citado atracadero. Lo que realmente sucedía, era que un pescador de las inmediaciones era propietario de tres pingüinos. Grillo hizo lo indecible para que ese hombre le cediera uno de ellos para comenzar sus investigaciones.

Siempre recibió una respuesta negativa a sus pretensiones. Es que tan sensible individuo profesaba un verdadero cariño por dichos ejemplares. Incluso se le planteó la posibilidad de adquirirle uno de ellos. A los efectos de dificultar la operación, el hombre de la costa pedía sumas astronómicas por mies aves.

Es que de ninguna manera quería desprenderse de ellas, a quienes les profesaba un cuidado muy especial. Baste decir que las tiene bajo una sombrilla para paliar, en parte, la energía de un sol muchas nías intensas que aquel que barre tímidamente los hielos y las aguas polares. Más de una vez le da de comer en la boca y acostumbra introducirlos en el mar teniendo la precaución de llevarlos atados y sujetos por una misma cuerda.

No obstante su negativa, una mañana admitió desprenderse de uno de ellos. Según su versión, era al que menos cariño le profesaba.

Cuando arribamos al Puerto del Buceo, vi a los tres pingüinos merodeando el puesto de venia del pescador. Detrás del mostrador, éste limpiaba mejillones para introducirlos en pequeñas bolsas de nylon. Cuando nos vio, se limpió las manos en el delantal y caminó hacia donde estaba estacionado

el coche.

Todo ese proceso en pocos minutos. Era evidente que ese hombre no quería dilatar la despedida. Grillo y él caminaron hacia donde se encontraban los tres inocentes. El pescador agarró a uno de ellos, le acarició la cabeza y lo hizo caminar en dirección al auto. Cuando estuvo a su lado, Terra abrió una de sus puertas para que dicha ave ingresara al mismo. De un salto se instaló a mi lado. Cuando nos alejábamos, pude escuchar que el dolorido pescador le decía a Grillo:

-Doctor... por favor... haga lo posible para traérmelo vivo... si no hay nada que hacer... le ruego que no lo haga sufrir.

No sé cómo mi amigo habrá reaccionado ante tales palabras.

Los que nos desmayamos a la primera sangre, más que sensibles somos timoratos. La jeringa, el bisturí, un mero tubo de ensayo, son instrumentos que nos producen un natural rechazo. Disecar, cortar un animal o un tejido a un hombre o a un perro, se nos aparece tan distante como el especialista que disfruta cortando e investigando los distintos pliegos de esas formas anatómicas.

De ahí que apenas el coche se puso en marcha, le pregunté:

-¿Se lo vas a devolver vivo?

-Sí, sí... creo que sí, me contestó en un tono algo desdeñoso.

Confieso que el viaje con el pingüino a mi lado no fue placentero. El ave polar no cesaba de caminar de un lado al otro del asiento. Además, daba pautas de una extraña curiosidad.

Pegando su pico al vidrio que tenía a mi espalda observaba la calle. Más de una vez me sentí rozar por su figura. A través de las manos traté de mantenerlo alejado. Tan particular convivencia llevaba a que Grillo y Terra optaran por hacerme bromas y reírse. Por el contrario, a mí no me hacía ninguna gracia ser observado por dos ojos de mirada fija y amenazante.

Recién recobre la tranquilidad cuando arribamos al Zoológico, lugar indicado para realizar los estudios de la mencionada ave.

Teníamos previsto transitar la rambla para llegar hasta el centro. Antes de hacerlo ingresamos a un bar de la zona para tomar un café.

En esa ocasión, Grillo me comenzó a relatar sus años de trabajo y experimentación. De sus estudios, en lo que tiene que ver con la materia arterial. De allí, el sinnúmero de experiencias realizadas tanto en el país, como en el extranjero.

Me llegó a decir que trabajaban con perros a quienes trasladaban en bolsas a los hospitales.

Siempre recuerda la mañana que una hermana de caridad le preguntó por unas manchas de sangre que se veían en el corredor del hospital. Fue cuando se le ocurrió decirle que, con seguridad, serían de algún enfermo grave que había ingresado al servicio de urgencia.

Fueron años de trabajo muy duros y sacrificados pero, al final, las tesis de trabajo pudieron ser demostradas. Su mayor preocupación científica radica en las enfermedades circulatorias. Según él, la arteriosclerosis es de las enfermedades que más mala en el mundo. De ahí su inquietud por conocer la integración de la sangre de especies que viven en distintas latitudes, sobreviviendo bajo temperaturas extremas.

Esa fue siempre su inquietud.

De ahí el gran número de trabajos presentados, uno de los cuales le valió que, en el año 1980, fuese galardonado con el Gran Premio Nacional de Medicina.

A pesar del énfasis que ponía al hablar de sus trabajos y del interés que le habían despertado las investigaciones a realizar sobre el pingüino que acabábamos de dejar en el Zoológico, su voz daba pauta de una indudable preocupación. No fue necesario que le preguntara nada. En un momento, me comentó:

-Te advierto que estoy muy entusiasmado con la experiencia que voy a realizar, pero tengo conciencia del riesgo que implica viajar a la Antártida. Hay noches que me despierto sobresaltado, no sé si hago bien en ir... dejar a mi mujer... no te olvides, además, que tengo un hijo de trece años...

¡Yo que sé cómo será aquello!...Te aseguro que hay muchas veces que realmente tengo cierto miedo de viajar.

No sé los temores que experimentó Grillo en la Antártida, aunque algunos de ellos me los ha transmitido; de lo que estoy seguro es que yo padecí gratuitas sensaciones de pánico la mañana que devolvimos el pingüino al pescador del Buceo.

El ave, a quien sólo se le extrajo sangre, hizo el viaje de regreso hecha una furia. Con seguridad nos individualizaba como a dos seres perversos que nos valimos de una serie de insidiosos argumentos para atormentarlo y extraerle parte de su líquido vital. De ahí la nerviosidad de la que daba pautas y sus incesantes picotazos que creaban una natural inquietud en todo aquel que estaba cerca.

No obstante mi animosidad, debo reconocer que no dejó de ser emotivo el encuentro del pescador con tan incordio sujeto polar. Cuando nos detuvimos frente a su puesto de venta, aquel hombre valiéndose de un filoso cuchillo sacaba las escamas a un par de corvinas. Apenas escuchó el sonido de la bocina y constató que su pupilo aún vivía, tiró la cuchilla para correr hacia nosotros con los brazos en alto.

Lo abrazó y creo que hasta lo besó.

No habían transcurrido ni diez minutos, cuando se nos vio rumbear en dirección al centro. No viajábamos solos. El feliz pescador nos había obsequiado una corvina a cada uno por haberle restituido el pingüino sano y salvo.

Tal presente fue otro motivo para reunimos una vez más antes del viaje.

Ya estaba todo listo para la partida. El Comité Científico para las Investigaciones Antárticas (S.C.A.R.) que funciona a nivel intergubernamental y, además, actúa como asesor del Sistema Antártico, había aprobado su tesis de trabajo. Decisión fundamental y necesaria para llevar a cabo las investigaciones proyectadas, ya que dicho Comité es el que regula todas las investigaciones que se llevan a cabo en el área.

A la fecha, ya se había tenido algún dato alentador con respecto a la sangre del famoso pingüino. Se la analizó en el Laboratorio de la Facultad de Medicina y en el del Sanatorio Español. Aparecía como muy similar a la del hombre; con las mismas sustancias, salvo una que no fue individualizada.

Desde la resolución de viajar hasta el día de la partida, transcurrieron dos meses.

La noche que preparamos las corvinas, fue la última vez que vi a "Lito" antes de que levantara vuelo rumbo a la Isla Rey Jorge.

Cuando me retiré de su apartamento, lo hicimos caminando uno detrás del otro. De esa manera llegamos a la calle. Observamos el ciclo como si nos importara el tiempo. Después nos dimos un abrazo. Luego, crucé rápidamente la calle para abordar un taxi, que se encontraba estacionado en la acera de enfrente. Antes de abrir la puerta delantera del coche, levanté mi brazo derecho en señal de saludo y le grité:

-¡Cuidáte Lito!

# **CAPITULO II**

Lo que aquí se relata es muy reciente.

Baste decir que el avión de la Fuerza Aérea llevando a la misión científica y demás personal afectado a la base uruguaya partió del Aeropuerto Internacional de Carrasco el 14 de diciembre de 1985.

Despegó vuelo en las primeras horas de la mañana. Razones de trabajo, ese día me encontraba en el interior del país, me impidieron participar en la despedida.

No así de las vivencias y experiencias que imaginé estaría viviendo en aquel continente. De ahí que se haya producido un extraño y positivo paralelismo en nuestras actividades.

Mientras hacía al amigo caminando por los hielos y la nieve, yo, sentado plácidamente en una biblioteca, hojeaba libros que me instruían sobre la Antártida. Al tiempo que lo imaginaba sobreviviendo en medio de temperaturas que descendían varios grados bajo cero, me enteraba por medio de lecturas especializadas, que realizaba bebiendo un gin-fizz en la terraza de "La Goleta", de las diversas clases de pingüinos, focas y ballenas que pululan por aquellas latitudes.

Dichas lecturas que, en sus primeras etapas, tuvieron un cierto carácter solidario, paulatinamente fueron adquiriendo una rara intensidad.

Es que realmente comenzó a interesarme el tema.

Así John Hancssian, autor del capítulo primero del libro "La Antártida" (Ediciones Omega, Barcelona, 1972) titulado: "Intereses Nacionales en Antártida", escribe:... "Entretanto los hombres de ciencia del mundo entero han venido considerando la Antártida cada vez más corno un laboratorio científico ideal en el que se pueden examinar los secretos geofísicos del planeta Tierra. Este movimiento culminó en 1957-1958 con el Año Geofísico Internacional que engendró un magnífico esfuerzo cooperativo durante el cual fueron dejadas de lado las consideraciones políticas; hombres de ciencia pertenecientes a doce países establecieron estaciones antárticas sin consideración alguna a reivindicaciones políticas y llevaron a cabo un programa de investigaciones científicas coordinadas internacionalmente..."

Párrafos antes escribía: ..."La exploración individual de la llamada "edad heroica" fue reemplazada gradualmente por esfuerzos de grupos coordinados por un centro. Se comenzó a prestar más atención a los objetos científicos y el personal de las expediciones se comenzó a reclutar entre los especialistas".

De ahí que según Phillip Law, autor del segundo capítulo del citado libro que versa sobre Técnicas de Vida, Transporte y Comunicaciones, en la introducción al mismo, diga: ..."Durante el Año Geofísico Internacional, el continente antártico se vio sometido al mayor asalto por parle de exploradores y hombres de ciencia que haya experimentado jamás cualquier territorio importante de la Tierra..." Prosigue el ensayista: ..."Llegará el día en que unos pioneros seguirán a estos expedicionarios y fundarán pueblos, ciudades e industrias; entonces habrá empezado la segunda fase de desarrollo del gran continente, los hombres antárticos de hoy están creando y ensayando las técnicas de vida y trabajo que los pioneros que vendrán después emplearán en su batalla con las condiciones climáticas más rigurosas del mundo".

No deja de ser trascendente la afirmación de Holmer Miller, uno de los especialistas que ha colaborado en el citado libra. Al comenzar el capítulo que trata de la Cartografía de la Antártida.nos dice: ..."La última década ha presenciado el fin de una era; la época de los descubrimientos geográficos ha terminado. La época que comenzó con los viajes de Marco Polo en el siglo XII ha venido develando, paso a paso, a los ojos de los europeos los más oscuros rincones del Globo. El reto de lo desconocido fue aceptado por hombres tales como Vasco da Gama, Magallanes, Drake y Cook; por Speke, Livingston, Nansen y Pearsy. Hasta mediados del presente siglo sólo la Antártida podía reservar sorpresas, pero ahora, incluso, este continente ha revelado sus secretos. Los espacios en blanco que quedaban en el mapa han desaparecido casi por completo. Este gran continente de 14 millones de kilómetros cuadrados ha sido escrutado completamente por la cámara fotográfica transportada por aviones. Quince mil kilómetros de rula superficial cruzan en todas direcciones la meseta interior. Corresponde ahora al cartógrafo compilar, del modo más adecuado, los mapas de la parte menos cartográfica de la Tierra.

Luego de leer a los citados autores, tuve diversas sensaciones. A mi amigo Grillo lo veía como a un pionero, como a un adelantado cuyos pasos por aquel medio se podían asimilar a los realizados en una caminata lunar. Lo imaginaba como un científico algo alucinado que andaría corriendo por la nieve a inocentes y sorprendidos pingüinos. También confieso que una tarde, mientras observaba algunas fotos,

pensé que la historia lo podría ver como nosotros concebimos a los expedicionarios de los viajes de Solís o Gaboto.

Estos "conquistadores" no apelaran a la Corona ni a la Cruz, tampoco procurarán legitimar un dominio. Por fortuna hoy el hombre está conviviendo en dicha región apelando a la más irrestricta tolerancia y libertad. Ningún estado o individuo renuncia a su personalidad ni a sus creencias. Cada base eleva su pabellón. Cada habitante reza a su dios; se arrodilla o se persigna ante una inmensidad que lo agobia. Nadie tiene que identificarse. A nadie se le exige pasaporte o documento que lo habilite para ser admitido como visitante de tales hielos.

Con seguridad que no es ajeno a dicha confraternidad el desamparo, temor e inseguridad que experimentad individuo enfrentado a ese medio. Ha adquirido vigencia la afirmación *as* Juan Jacobo Rousseau cuando sostenía que el hombre es un ser bueno y fraterno viviendo libremente en su medio natural:

Es que, independientemente de toda conjetura que se pueda hacer acerca de lo que sucederá" en el futuro, no deja de ser positivo lo anunciado por el Tratado de la Antártida, suscrito por doce países en el año 1959

Se lee en su art. lo. ..."La Antártida se utilizará sólo para fines pacíficos. Se prohibirá cualquier medida de carácter militar, tiles como establecimientos de bases militares y fortificaciones, la realización de maniobras militares y el ensayo de cualquier tipo de armas". Coherente con el espíritu de la norma, establece el Art. 50:...."Se prohibirá toda clase de explosiones nucleares en la Antártida, así como la destrucción allí de despojos o desechos radiactivos".

De acuerdo a lo afirmado por un profesor de nuestra Facultad de Derecho, vinculado a la Cátedra de Derecho Internacional Público... "era la primera vez en la historia que el mundo se ponía de acuerdo en otorgar un status especial a una zona del globo".

Doce fueron los estados signatarios del tratado. Ellos son: Argentina, Australia, Bélgica, Estados Unidos de América, República Francesa, Japón, Noruega, Nueva Zelanda, Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Unión Sudafricana y Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Dicho tratado entró en vigencia en el año 1961, Podían incorporarse al mismo los países miembros de las Naciones Unidas o los que fuesen invitados por el denominado Órgano Consultivo (formado por los doce países originales) y por los que demuestren un interés científico en el área.

Nuestro país ingresa a partir de 1980 como miembro adherente. Tenía voz pero no voto. En 1985 culminan las gestiones iniciadas en el año anterior para transformarse en miembro pleno o consultivo. Así fue corno en octubre de 1985 es aceptado junio a la República Popular de China en tal carácter.

Eso no implica que se le adjudique una cierta porción de territorio, Lo fundamental es participar con los otros miembros del Consejo Consultivo (hoy son dieciocho estados) en toda actividad antártica.

De ahí que en el mes de enero de 1984 haya arribado a la Antártida la primera misión enviada por las autoridades de nuestro país. Se llegó a la Isla Rey Jorge en un avión Fairchild de la Fuerza Aérea.

En su territorio está instalada la base uruguaya.

En el mismo la temperatura, durante los meses de invierno oscila entre los 20 o 25 grados bajo cero. En verano, entre los 8 bajo cero y 5 grados sobre tal marca. Es una región a la que se podría denominar la "Antesala de la Antártida" ya que el clima es más benigno, lo que permite una mayor adaptación del personal que allí cumplirá funciones.

La misión tenía como actividad principal observarlas condiciones climáticas y geográficas de la zona ubicada en la Bahía tic Collins, Archipiélago de las Shetland del Sur, a unos 1.000 kilómetros del punto más septentrional de América del Sur.

En dicha isla también tienen sus bases: Chile, Argentina, la Unión Soviética, China Popular, Polonia y Brasil.

La soviética, ubicada a cinco kilómetros, y la chilena, cuya pista de aterrizajes usada por nuestros aviones, son las más cercanas a nuestra base.

Los medios de transporte varían de acuerdo a las estaciones. Durante la época de verano se utilizan las lanchas "Zodíaco", que son las mismas utilizadas por nuestra Armada y la Prefectura Marítima. En épocas invernales, se emplea el tractor con zorra. Si la nieve entorpece sus desplazamientos es necesario utilizar

"sky-doo", que son pequeños vehículos similares a las motos que se desplazan en la nieve por medio de skies.

La base uruguaya consta de cuatro edificaciones. En la temporada invernal alberga a doce personas. Durante el verano, el número se puede elevar a veinticuatro.

Dos de las mismas son construcciones conocidas con el nombre de "wannigans". 'Sus características las hacen aptas para servir como alojamiento en la zona, ya que se las puede definir como "una heladera al revés". Conservan una temperatura media en sus ambientes contrastando con el intenso frío del medio que las circunda.

El "wannigan" chico (cuatro metros por siete) tiene capacidad para cuatro personas. Es donde está emplazado el equipo de comunicaciones y oficina de comando. El grande (catorce m. por cuatro) consta de un amplio dormitorio, comedor y sala de recreación.

La decisión de instalar una base en la zona, obedece a una serie de intereses muy importantes para el país. De ahí, lambían, la existencia del Instituto Antártico del Uruguay, que funciona en la órbita del Ministerio de Defensa Nacional.

Este instituto es el encargado de llevar a cabo lo que se ha dado en llamar la Política Antártica del Uruguay que, fundamentalmente, canaliza sus actividades en cuatro campos: económico (en lo que tiene que ver con recursos marinos vivos y recursos minerales y energéticos), científico, ecológico y estratégico.

Dadas las condiciones que ofrece el territorio que nos ocupa, los logros proyectados deben realizarse a partir de bases ciertas y documentadas.

En el Capítulo VI de la publicación a que fiemos hecho referencia, que trata de Aves y Mamíferos, el Prof. Stonchouse de la Universidad de Canterbury, Nueva Zelanda, escribe: ..."Las rocas y las capas de hielo del continente austral ofrecen poca hospitalidad a la vida animal y vegetal. La vegetación terrestre es escasa, limitada a un reducido número de pequeñas plantas a causa del frío, la aridez y la falto de tierra adecuada. Las algas, los musgos y los líquenes son las plantas características de la Antártida, En los 14 millones de kilómetros cuadrados que tiene el continente, sólo se conocen dos géneros de plantas que den flor... En contraste, los mares antárticos son un depósito rebosante de vida, comparable en rendimiento por hectárea a los mejores pastos. En pleno verano, sus aguas superficiales contienen ricas acumulaciones de plan tas y animales microscópicos que alimentan, directa o indirectamente, cantidades inmensas de focas, ballenas y aves marinas. Los animales limitados a la vida terrestre tienden a ser pequeños. En la Antártida, el mayor animal capaz, de vivir enteramente en tierra es considerablemente menor que una mosca, doméstica. En el mar, las mayores focas y aves marinas del mundo se encuentran en esas aguas. Las aves y mamíferos hacen un uso muy limitado del continente antártico; con pocas excepciones pasan más tiempo en mar que en tierra y se alimentan exclusivamente en el agua. Las aves marinas duermen y crían en la costa y picos costeros. Las ballenas son completamente acuáticas".

Finaliza el capítulo agregando: "pingüinos y focas pasan probablemente más de la mitad de sus vidas en el agua fría. Los animales marinos, en general, y los vertebrados de sangre caliente, en particular, abundan más en el agua fría que en la caliente, porque los mares fríos son más ricos en alimentos. Cuarenta y tres especies de aves anidan en la Convergencia Antártica. Veinticuatro de estas especies son petreles, siete son pingüinos y otras aves pertenecen al orden de los charadriformes. La mayoría de ellas se alimentan de crustáceos, calamares y peces de aguas superficiales. En verano, estas son entre cinco y cincuenta veces más ricas en alimentos que las aguas tropicales".

En cuanto a los mamíferos, escribe: ..."se encuentran regularmente ocho especies de focas y más de una docena de ballenas. De estas la más conocida e importante comercialmente es el rorcual que por espacio de más de medio siglo fue el sostén de una considerable industria en el umbral del continente antártico. La mayor de todas es la ballena azul; su nombre procede de la capa de diatónicas que cubre su piel y que le da un matiz azul gris o amarillo a su negra epidermis. Mide más de treinta metros de longitud y pesa unas ciento cincuenta toneladas. Tanto las focas como las ballenas presentan numerosas y notables adaptaciones a la vida en agua fría. Las ballenas, si quedan encalladas por espacio de más de unas horas suelen morir por insolación o por lesiones internas en el tórax o en el abdomen. La pesca de estos animales precedió a la investigación científica, de modo que poco sabemos cómo eran las distintas razas antes de que el hombre empezara a perseguirlas. Se cree que entre 1304 y 1817 se cazaron 14.000 unidades anuales. La caza ha proporcionado mucha información que no ha podido obtenerse de otra manera; la anatomía y fisiología tanto de ballenas como de focas se ha interpretado mejor a causa de su importancia comercial y nuestros conocimientos sobre migraciones y desplazamientos de las ballenas se

deben casi por completo a los datos suministrados por marcadores recuperados en las plataformas de desplazamiento de ballenas".

Completando los datos suministrados por el Prof. Stonchousc, se debe agregar que en la Antártida se encuentra gran variedad de aves. Entre ellas una de las características muy particulares: los skúas, que son una especie de gaviotas de color gris que tienen el hábito de proteger sus nidos lanzándose en picada contra lodo aquel que transite cerca de ellos.

Sin duda, los pingüinos (470.000 millones), que encuentran su alimento en el océano, son la especie que predomina entre las aves de la región.

Es imprescindible, para tener una idea aproximada del medio, hacer referencia a los hielos, nieves e icebergs.

En ese sentido, John A. Heap, profesor de la Universidad de Michigan, comienza el capítulo de "Los Bancos de Hielo Flotante de la Antártida", diciendo: "En 1683, un tal Abraham Cowlwy dijo que cuando los vientos los empujaron muy al sur del Cabo de Hornos, sus tripulantes pasaron un frío tan intenso que cada hombre podía beberse tres cuartos de galón de coñac en veinticuatro horas sin que le ocurriese nada. También Cook (1775) decía: ..."el peligro que se corre explorando una costa en estos desconocidos glaciares es tan grande que sin exageración creo poder decir que nadie se aventurará jamás a ir más lejos de donde yo he ido".

Parecería que entre los primeros exploradores, las masas de hielo -que miden kilómetros de longituddespertaron mayor interés que el mar de hielo... Escribe Hcap: ..."Durante el verano el hielo se derrite primeramente en el Norte y la descomposición va avanzando hacia el Sur. Al mismo tiempo, gran cantidad de los inmensos témpanos de hielo se derriten interiormente, porque las primeras bolsas de agua salada funden primeramente el hielo que le es contiguo. Este fenómeno da a los hielos el aspecto de quesos de Gruyere."

"Durante el último millón de años -nos enseña Anthony Gow- el mundo ha experimentado cuatro grandes glaciaciones. En buena parte de ese tiempo, extensas porciones de la Tierra han estado cubiertas por capas de hielo, pero en la actualidad sólo persisten en Groenlandia y la Antártida. La capa de hielo cubre aproximadamente el 98% de la masa de su tierra y contiene el 90% del hielo mundial. Dicha capa está revestida de otra relativamente delgada de nieve que va transformándose lentamente en hielo. La Antártida no es meramente un desierto, sino un territorio muy frío, donde las temperaturas inferiores al punto de congelación persisten sobre el 95% de la superficie. Las zonas barridas por los vientos son las más frías."

"Un gran riesgo que presenta ese medio son las grietas".

Nos explica -el mismo autor- que son fisuras abiertas y alargadas que se forman dondequiera que el hielo sufra una tensión. Son muy comunes en regiones de hielo relativamente delgado y muy deformado. Es importante predecir el desplazamiento de las capas de hielo. De ahí que manifieste: ... "Las mediciones del desplazamiento del hielo en la Antártida son importantísimas puesto que tienen relación con el equilibrio de la masa. Tal puede decirse principalmente de las mediciones de los desplazamientos de hielo cerca del borde de la capa helada, ya que el ritmo de los desplazamientos en la zona periférica es en gran parte lo que determina la cantidad de hielo que se descarga anualmente en forma de desprendimiento de témpanos. La capa de hielo es alimentada y mantenida por la acumulación de nieve en su superficie. Los glaciólogos están interesados en las propiedades físicas y mecánicas del hielo en sí y, de modo especial, en el proceso a través del cual la nieve se transforma en hielo sólido. El tiempo necesario para que la nieve se transforme en hielo de glaciar depende a la vez del ritmo en que se acumule la nieve en la superficie y de la temperatura. En la estación Byrd se necesitan aproximadamente 300 años para producir hielo de glaciar, pero en el Polo Sur, dadas las muy bajas temperaturas reinantes, se necesitarán 100 años. La masa territorial antártica es prisionera de su capa de hielo. En las condiciones actuales parece muy improbable que se produzca una fusión catastrófica y ni siguiera mediana, por lo cual es razonable esperar que la capa de hielo antártico seguirá subsistiendo mientras persistan las actuales condiciones de tierra y mar"...

El profesor R. H. Clark define lo que son "los oasis en el hielo". Es cuando se modifica en parte este panorama general. Existen altas paredes libres de hielo, por encima de los valles... Los glaciares, que en otra época circularon por estos valles y los erosionaron, han desaparecido en gran parte; en esas zonas no subsisten IIIIISM importantes de hielo. Tienen interés científico porque, en contraste, con el resto del continente presentan extensos afloramientos de roca madre. Ha empezado a formarse allí tierra vegetal; existen líquenes, musgos y algas".

Es obvio que lo anteriormente descripto está vinculado con el tema de la flora. Gorj Llano inicia su estudio, citando la frase de Lynge y Scholander pronunciada en 1932..."No podemos esperar encontrar una rica vegetación dentro de una nevera"...

Refiriéndose a la potencialidad económica de la zona, el ensayista británico Michael Crabbc, que se ha especializado en el tema del petróleo, en un artículo publicado en la revista "Petroleum Economist", en octubre de 1985, señala que debido al perfeccionamiento de las técnicas de explotación submarina y a la creciente atención de las naciones por la proximidad de la fecha (1991) en que deberá renovarse el Tratado de la Antártida, los recursos naturales van a ser objeto de especial interés por las distintas naciones que integran la comunidad internacional.

El citado autor enumera los inconvenientes que podría tener, por ejemplo, una pretendida explotación petrolera. Ellos serían... "una adversidad climática, oceánica y geológica, vientos de 200 kilómetros por hora, icebergs, grietas ocultas y trampas de hielo flotante. Pocos puertos se mantendrían abiertos más de dos meses por año. En esas condiciones no sólo la actividad humana se torna muy difícil, sino que, además, un derrame accidental del petróleo sería insubsanable ya que a las temperaturas prevalecientes, las bacterias, que normalmente descompondrían el hidrocarburo, no podrían sobrevivir. Agregando que sería necesario encontrar yacimientos donde se podrían extraer 500 millones de barriles para que la operación fuese rentable.

Ha llamado poderosamente la atención a los técnicos de los distintos estados la abundancia en las aguas antárticas del "krill".

De aspecto semejante al camarón es rico en proteínas (aunque no más que la merluza y casi igual a las que puede contener una costilla de vaca). Se calcula que en la actualidad se encuentran en dichas costas entre 500 y 750 millones de toneladas de "krill". La posibilidad de su captura aumentaría a casi el doble de lo que hoy se pesca en el resto de los mares.

Hasta aquí mis lecturas.

Las mismas me provocaron momentos de frío, desamparo-y soledad. También de dudas y escepticismo dadas las inhóspitas características del medio descripto.

Aunque el Cnel. Galarza -presidente del Instituto Antártico Uruguayo- ha declarado que el tratado funciona bien y que... "nuestra experiencia en la materia es inmejorable. Por ejemplo, Uruguay -que carece de medios navales propios- embarcó tres generadores y un jeep en el buque "Bahía Paraíso" de la Agrupación Naval Argentina; fletó alimentos y chapas en el navío "Almirante Surroc", de bandera soviética; también combustible y hombres en el "Piloto Pardo", de nacionalidad chilena y se tuvo el ofrecimiento de otra nave soviética que estuvo atracada a muro a mediados del mes de febrero. Y todo esto gratis, absolutamente gratis, en función de la cooperación antártica."

A pesar del optimismo del presidente, creo que mi amigo, el investigador, hubiese dudado de participar en la excursión, si previamente hubiese leído informes y opiniones científicas tan poco cálidas.

Le tengo que agradecer que su temeridad me haya llevado a consustanciarme con los hielos, la nieve, los pingüinos, las grietas y las focas.

S i bien muchas de las lecturas las h ice estando sentado en la terraza de "La Goleta" -ese cómodo mirador ubicado en la rambla de Pocitos-teniendo la posibilidad, con apenas cruzar la calle de disfrutar el sol de la playa, siempre tuve presente las condiciones en que estaría trabajando el científico compatriota.

Era obvio, que lo único que podía hacer era concientizarme de su sacrificio, ser solidario con el investigador que estaría ocupando su tiempo corriendo y disecando pingüinos entre los hielos y las nieves del Sur. Aunque una mañana, hice algo más. Estando ubicado en la mesa de siempre, pedí otra copa.

Era el último día del año 85.

Cuando me dispuse a bebería, pensé en lo que podría estar experimentando en esos momentos, me imaginé los preparativos que estarían realizando tan lejanos compatriotas para saltar de un año a otro en un ambiente tan nuevo y extraño.

De alguna manera pretendí participar del festejo; de ahí que antes de darle el último sorbo al "gin-fizz", tuve un recuerdo para ellos. No les deseé feliz año, me pareció una expresión muy poco antártica, sino que los recordé como a unos valerosos, intrépidos e inconscientes, obsesionados por la prescindible y poco conocida composición de la sangre de los pingüinos.



BCAA 1985

Laboratorio instalado en la Antártida.



Costilla de ballena.



Día de tormenta - Glaciar con pinglinos



Vestimenta de agua - Témpanos de hielo.

# **CAPITULO III**

La tarde del siete de enero del 86, un auto corría por la rambla en dirección al Este. En su interior viajábamos Víctor, cuñado de Grillo, Rodolfo, su amigo, y yo.

Nos dirigíamos al Aeropuerto Nacional de Carrasco, ya que para ese día estaba anunciado el arribo del Fairchild procedente de la Antártida.

En el vuelo regresaban los integrantes de la expedición científica.

Cuando arribamos no descendimos del coche. De allí pudimos observar ciertos movimientos entre el personal de la base que daban la pauto de que era inminente la llegada del avión.

Dado que Grillo prefirió reencontrarse con sus padres, señora c hijo en su apartamento, nosotros éramos los únicos que lo aguardábamos en aquel espléndido día de enero, en que varios niños no cejaban de mirar hacia arriba y denunciar con los dedos supuestos aparatos que se acercaban.

Al fin, uno de ellos acertó.

A una altura indefinida se veía volar una máquina que, por sus características, daba la pauta de ser la nave aguardada. Así lo confirmaron funcionarios que se encontraban en las inmediaciones.

Luego de haber desaparecido de nuestra vista, se la vio enfilar hacia la pista y aterrizar con total normalidad. En minutos pudimos constatar que su proa avanzaba en dirección hacia donde nos encontrábamos. Guiada por personal de pista, realizó un giro y paulatinamente fue disminuyendo la marcha hasta detenerse definitivamente.

En minutos se abrió la puerta.

El pasaje que descendió nada tenía que ver con el que se observa desde la terraza del Aeropuerto cuando arriba un avión de Air France o de otra línea comercial. Nada de azafatas, nada de ejecutivos con metálicos portafolios, tampoco espectaculares mujeres ni enigmáticos personajes.

Apenas se colocó la escalerilla fue descendiendo un heterogéneo pasaje masculino. Personal con sus trajes de fajina o uniforme militar; luego Freddy Terra, el practicante de la misión, el "Negro" Fernández, radiólogo de la misma, y el médico amigo.

Estos últimos descendieron con las ropas que usaron por aquellas latitudes. Es decir: botas de cuero, pantalón vaquero, rompevientos, camisa leñadora, campera, gorro de lana y lentes de sol.

Pronto los recién llegados desaparecieron entre las efusividades de parientes y amigos.

Nosotros fuimos al encuentro de nuestro pasajero. Luego de abrazarlo y, sin habernos puesto previamente de acuerdo, coincidimos en el saludo. Casi al unísono, lo recibimos con un tierno: "¡Qué haces loco bravo!"

No había transcurrido una hora cuando nos vimos otra vez viajando en el mismo auto. Ahora nos dirigíamos al centro de la ciudad. Con nosotros venía Grillo. Compartía conmigo un asiento del Peugeot. Como sucede con frecuencia, luego del alboroto inicial que provoca todo reencuentro, se produce un silencio.

Es que hay que recomponer la vida de relación. Un viaje produce un imperceptible cambio en nuestros hábitos. No es fácil ubicarse otra vez en el medio. Más cuando, como en este caso, se vuelve de un ambiente tan distante y extraño. Algo de ese inevitable fenómeno lo advertí en Grillo. El, que es un individuo muy vital, alegre, conversador, de aspecto jovial, de reacciones espontáneas y también extemporáneas, de ahí su facilidad para reírse o enfadarse, daba pautas de una cierta tristeza y preocupación. Parecía que había envejecido súbitamente.

Al aproximarse al Puerto del Buceo recordamos la experiencia vivida con los pingüinos del pescador. Fue, en esos momentos, que el recién llegado, nos preguntó:

-Díganme..., ¿ustedes no me sienten olor a pingüino?

Era natural que ninguno de nosotros tres estuviéramos en condiciones de identificar un aroma tan particular. Pero lo cierto fue que apenas Grillo ingresó al auto, sentimos un intenso aroma que podríamos identificar con varias cosas: con el océano, la nieve, las focas, las aves marinas, las ballenas, los atuendos polares o con la falta de agua.

Su pregunta o sana curiosidad sirvió para que llegáramos hasta la puerta del edificio donde vive, riéndonos sin cesar. Considerándolo un paciente apto para internarlo en un hospital para infecciosos descendimos del Peugeot.

Rodolfo y yo optamos por despedirnos en la vereda. No quisimos interferir en el reencuentro con sus familiares. A pesar de su insistencia para que subiéramos a tomar un whisky, nos limitamos a acercarle alguna valija hasta el ascensor y despedirnos con cierta premura porque, también nosotros, estábamos cubiertos de un fuerte olor a pingüino; de ahí la necesidad de darnos una ducha y vestirnos con ropa no contaminada.

Luego, estuvimos unos días sin vernos.

Hasta que una noche reunió en su casa a un grupo de amigos para mostrarnos fotos, diapositivas y las imágenes que había logrado a través de su máquina filmadora.

Los que tuvimos acceso a dicho material, quedamos realmente asombrados por la calidad de las imágenes pero, fundamentalmente, porque por primera vez teníamos acceso a una región totalmente desconocida.

Así fue como conocimos a los "wannigans" y los galpones que componen la base uruguaya. Las imágenes nos mostraron a compatriotas rodeados de focas y pingüinos. A técnicos y autoridades pertenecientes a distintos países cuando se encontraban de visita en la base "José G. Artigas". Tuvimos acceso a la alegre cena que se llevó a cabo para festejar la Nochebuena. Conocimos la inmensidad de los glaciares. El riesgo que representan las grietas. Nos introducimos en el interior del laboratorio instalado en uno de los galpones. Comprobamos el riesgo que implica navegar por las heladas aguas embarcados en las lanchas "Zodíaco". Vimos una extraña Luna y fuimos testigos de más de una tormenta de nieve. Supimos los peligros de caminar sobre cantos rodados y nos reímos al ver caer a Grillo al perseguir en dicha superficie a un asustado pingüino. Nos impresionó la penumbra que se aprecia durante esa única hora en que el verano antártico se vuelve noche. Sin duda nos impactó que todo ese mundo nos fuera dado por compatriotas que estuvieron viviendo allí, ajenos, quizás, al papel que estaban desempeñando.

Observando tales imágenes es imposible no proyectar en el tiempo cuál va a ser el futuro de dichos territorios. No sería extraño que con los siglos la Bahía de Collins, donde está emplazada nuestra base, sea un centro de turismo, una terminal pesquera, o una ciudad uruguaya.

Cualquiera fuese el destino, los "wannigans" serán piezas de museo, los utensilios que hoy se usan para cocinar o disecar estarán guardados en las vitrinas de los misinos. Las fotos de los que se animaron a desembarcar en sus costas, colgarán en las salas reservadas a recordar a los primeros habitantes de esas tierras.

A estos "patricios" no se les contemplará con las patillas, uniformes y seriedad de los conquistadores españoles. Las futuras generaciones antárticas los conocerán como seres joviales, ataviados con ropas abrigadas y de colores, que mostrarán en las fotos la frescura o la inconsciencia de sus sonrisas. Después de observar la última imagen, bebimos un café. Luego, me paré para realizar una llamada telefónica. Cruzando un pasillo me asombre al ver, en el interior de un ambiente, distintos elementos usados en la expedición.

Se veían, dispersos por el piso y sobre sillones, botas, equipos de abrigo, radios, camperas, grabadores, gorros de lana, lentes para la nieve y otros implementos por el estilo. Algo alejados, se percibían distintos frascos y unos dispositivos metálicos de color marrón que estaban herméticamente cerrados.

Al interesarme por sus contenidos, Grillo, levantando uno de los frascos, me mostró un trozo de pulmón de pingüino conservado en formol. En las cajas metálicas se mantenía, abajas temperaturas, la sangre de las mencionadas aves marinas.

Algo impresionado por ese ambiente, donde era tangible la presencia del legendario Drácula, volví a la reunión de amigos.

Algunos ya se habían retirado, otros estaban por hacerlo.

Cuando me disponía a dejar el apartamento, el dueño de casa me sirvió un cognac y me obligó a sentar.

Conversamos durante más de una hora; era su interés plantearme la posibilidad de registrar sus experiencias antárticas en una publicación. Confieso que la idea me entusiasmó y ya, al otro día, a tempranas horas de la mañana, quedé de volver a su apartamento para convenir la manera de encarar el trabajo.

Cuando me despidió en la puerta del ascensor, me anunció que me esperaba con el desayuno pronto.

| Recuerdo que aquella noche descendí los cuatro pisos reconfortado; el trabajo ya comenzaba a rendir sus frutos. |
|---|
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |
|   |

#### CAPITULO IV

Efectivamente sobre la mesa del comedor diario, me aguardaba el desayuno. Té con leche con tostadas, manteca y mermelada.

Sentado frente a mí, Grillo bebía un jugo de pomelo. Sobre el mantel se veían diapositivas, fotos, máquinas fotográficas y dos grabadores.

En aquella mañana, que se puede ubicar en las postrimerías del mes de enero, cambiamos ideas acerca de nuestras jornadas de trabajo, características de la publicación y viabilidad de la misma.

De ahí el plan que nos trazamos.

Nos reuniríamos en su apartamento los días miércoles y viernes en horas de la mañana. Desde las ocho hasta algo después del mediodía. La jornada incluía desayuno, almuerzo, refrescos y algún copetín que seguramente íbamos a beber.

Convinimos que me comenzara a narrar sus experiencias a partir del día catorce de diciembre, fecha en que partió desde el Aeropuerto de Carrasco. Durante el transcurso de las distintas jornadas de trabajo surgirían situaciones, hechos, dudas y aclaraciones que se irían solucionando y dilucidando a través de nuestros diálogos, consultas a documentos, publicaciones, cartas geográficas y también, por supuesto con aportes de otros integrantes de la expedición.

Resolvimos documentar lo conversado valiéndonos de un grabador. No desechamos la importancia y la fuerza de la imagen; es decir, de fotos, diapositivas y el material filmado durante la estadía.

Así fue como me dispuse a ingresar a la Antártida; a través del relato de un médico amigo que partió una madrugada de diciembre del 85 desde el Aeropuerto de Carrasco teniendo como primera escala de vuelo la localidad argentina de Trelew.

Viajaban, además de la tripulación, dos veterinarios, personal destinado a la base, jerarcas castrenses y los integrantes del equipo médico.

La primera etapa del viaje fue totalmente normal Transcurrió entre bromas, lecturas y conversaciones entre los distintos pasajeros. Es cierto, asimismo, que más de uno se sintió desamparado al volar sin las comodidades de un vuelo comercial. No se disponía de comidas, bebidas y, menos aun, de la siempre gratificante atención de las azafatas.

Quizás sin que tuvieran conciencia de lo que les deparaban esos primeros momentos de la aventura, tales hombres estaban ingresando a la rigurosidad de un estilo de vida que no admite ni permite concesiones ni comodidades.

De lo que sí fueron cómplices fue en medir, desde el momento en que el avión levantó vuelo, las modalidades y reacciones de cada uno frente al hecho más insignificante. Es que ya no estaban programando el viaje en una reunión de trabajo, en un despacho de un determinado jerarca o en un laboratorio. Menos aun estaban participando de una de las tantas despedidas que les ofrecieron familiares y amigos.

Todo aquello había quedado atrás.

Suspendidos a miles de metros de altura, sabían que obligatoriamente debían convivir en una región desconocida y hostil.

Esa primera etapa del viaje insumió cuatro horas de vuelo. A las diez de la mañana aterrizaron en la base argentina de Trelew. Debido al carácter militar de la misma, les fue prohibido descender del avión.

Dado que tenían deseos de beber algo caliente, convinieron con un soldado encargado de custodiar el Fairchild, para que les alcanzara un termo conteniendo café caliente.

Después de haber arreglado las condiciones de transacción y de haberle entregado el metálico envase, el hermano argentino desapareció entre los distintos aviones que estaban apostados en la pista.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando se le vio caminar en dirección a la aeronave uruguaya. Su paso tenía algo de misterioso. Continuamente miraba hacia atrás como si temiera que alguien lo vigilara. Cuando estuvo a pocos metros de donde ellos lo aguardaban, extrajo del interior de su capole de campaña el termo de café. En el momento de la entrega, hubo un misterioso manipuleo entre uno de los integrantes del grupo y el guardián de la base argentina.

Minutos después el aparato despegó rumbo a Punta Arenas, localidad ubicada en territorio chileno. En dicha ciudad, que funciona como Zona Franca, se adquirirían combustibles, comida enlatada, bolas y ropa de abrigo con destino a la base uruguaya.

Era una travesía que también llevaría cuatro horas de vuelo.

Apenas despegaron, se dispusieron a beber el café tan subrepticiamente llegado a sus manos.

Fue el instante en que constataron, una vez más, la nunca desmentida confraternidad rioplatense. Tal solución era un líquido oscuro, amargo y helado que no contenían gramo de azúcar y por la cual Grillo había abonado la suma de cinco dólares.

El episodio justificó las primeras "cargadas" y bromas entre la tripulación y sus pasajeros. Se fue creando un clima festivo y alegre que se le interrumpió bruscamente a medida que el aparato se internaba en zonas de fuertes vientos. El Fairchild, por momentos, descendía en forma brusca e incontrolada. La preocupación aumentaba porque se tenía conciencia de lo bajo que se estaba volando. A través de las ventanillas se detectaban montañas, bosques, carreteras, caminos vecinales y pequeños grupos urbanos.

Para tranquilidad del pasaje se constató que se había bajado el tren de aterrizaje; aunque, casi de inmediato, se supo que se había adoptado esa medida para disminuir la velocidad del aparato pues era necesario desacelerarlo para aterrizar en la pista de Punta Arenas.

Luego de dar varios rodeos sobre el Aeropuerto, se decidió Intentar el descenso. Fue, sin duda, un momento de gran tensión porque K continuaban experimentando caídas bruscas y el viento no disminuía en intensidad.

Dando tumbos, el avión tomó contacto con la pista. La pericia de los pilotos permitió controlarlo y detenerlo en el centro de la misma. Sin embargo, era tanta la intensidad de las correntadas que, aun detenido, su estructura continuaba oscilando peligrosamente. De ahí que haya tenido I que ser asegurado por el personal de pista, valiéndose de un dispositivo especial que ubicaron entre las ruedas del aparato.

Al dejar el avión, se pudo constatar el fuste e importancia de la base aérea chilena. Inmensos hangares, aviones de todo upo y una intensa i actividad del personal allí acreditado.

Aunque estaban en tránsito, sus autoridades permitieron que ingresaran a las instalaciones de la base. De ahí que pudieran almorzar en I casino de la oficialidad.

Cuando se disponían a comer el segundo plato, recibieron orden i de partir en forma inmediata, ya que se había recibido información desde **la** Antártida que eran buenas las condiciones climáticas que predominaban en el área.

Corriendo se dirigieron hacia la escalerilla del avión, que despegó •Vuelo siendo aproximadamente las dieciséis horas.

En minutos se internaron en un paisaje donde predominaban los picos helados. El viaje era calmo y placentero. El pasaje se distribuía a lo largo del aparato al que, para permitirle una mayor capacidad, le habían quitado la casi totalidad de los asientos.

En uno de los pocos que se veía pegado al fuselaje dormía Grillo, hasta que las voces alteradas de sus compañeros de vuelo lo despertaron.

Cuando abrió los ojos pudo constatar que el pasaje estaba apiñado en la cabina del avión. Además, percibió que algo extraño suceda a Bordo. Lo que realmente acontecía era que el Fairchild se había desestabilizado.

Volaba en una posición muy extraña. La cola hacia abajo y la trompa hacia arriba. De ahí que el comandante hubiera ordenado que se ubicaran en la parte delantera del avión.

En esos momentos, sobrevolaban el Estrecho de Drake. Sólo se percibía agua, hielo, picos y nieve.

Hacia adelante sólo se veía parte del fuselaje del aparato.

Si bien no se exteriorizó un pánico colectivo ni nadie dio pautas de su estado de ánimo, lo cierto fue que se vivieron momentos de angustia y miedo.

Cada uno de los que allí se encontraban, tenía conciencia de que el fin podía estar en el interior de una cabina que se podría precipitar a velocidades inesperadas hacia un mar helado o que podría chocar con la contundencia de un desconocido pico. Si bien nadie pronunció palabra, todos cuestionaron y hasta maldijeron el momento en que un territorio, distante y desconocido, les había despertado inquietudes científicas o profesionales. Tampoco nadie lo manifestó, pero allá arriba estaban las familias de todos.

En la aguda palidez de los rostros, se advertía el momento que estaban viviendo un grupo de uruguayos suspendidos a cinco mil metros de altura.

El comandante explicó que se había roto el Omega, que es el instrumento donde se programa el vuelo. Además, les comunicó que era imposible regresar al punto de partida y que en la región no había pista de alternativa.

Incluso el pasaje fue aleccionado acerca de cómo tenía que actuar en caso de que el aparato se precipitara al mar. Según las explicaciones dadas, el mismo podía flotar más de media hora. Si luego se hundía sobre el lado izquierdo había que lanzarse hacia el lado opuesto, o sea el derecho. De lo contrario, se procedería a la inversa. Se tiraría al agua un bote salvavidas que se abriría automáticamente y en el cual todos iban a tener cabida.

Mientras tanto el Fairchild seguía avanzando en la misma posición, un único pasajero dormía totalmente ajeno al pavor y a la angustia colectiva.

Angustia que, por fortuna, se fue diluyendo cuando el aparato dio pautas de que volvía a su posición normal. Un gran alivio y un imperioso deseo de arribar cuanto antes fue ganando el pasaje. Pero aún restaban dos horas de viaje, que transcurrieron signadas por la lógica y humana premura.

Al adquirir la nave su primitivo equilibrio, sus pasajeros volvieron a distribuirse a lo largo del fuselaje.

Quizás molesto por los ruidos que escuchó a su lado, se despertó el compañero que dormía.

Con los ojos encapotados por la modorra, escuchó el relato de los momentos vividos minutos antes. Su contestación fue lacónica y sabia. Hundiéndose aun más el gorro de lana sobre la frente, bajó sus párpados y se le escuchó decir:

-Si llegamos... me despiertan.

Y, para fortuna de los miembros de la excursión, hubo que despertarlo porque el comandante anunció que se estaba a menos de media hora del ansiado destino.

Ya todos se habían vestido con las ropas de abrigo. Se los veía con botas, gruesas camperas debajo de las cuales se habían colocado camisetas de manga larga y camisas leñadoras. Pantalones vaqueros y calzoncillos largos abrigaban las piernas de algunos de tales pretenciosos y elegantes orientales.

Al único al que se veía ataviado con ropas primaverales era a Vernengo, un joven y experimentado periodista del diario "El Día" que había viajado con el grupo.

Simultáneamente al anuncio del arribo, Grillo se instaló con su cámara fumadora en la cabina del avión. De ahí que haya registrado minuciosamente todas las alternativas del descenso.

Su cámara barría, con cierto desconcierto, un campo que se presentaba como confuso y caótico. Se percibía una inmensa e inhóspita soledad.

No obstante, los pilotos, con sus dedos enguantados, le señalaron a Grillo:

-Allá, allá... allá... aquella es la isla... allí bajaremos.

A pesar de la advertencia, todo se veía como un territorio indiscriminado, helado e intensamente blanco. No obstante, el diálogo que se escuchaba entre los operadores chilenos de la torre de control del aeropuerto y los pilotos uruguayos, le fue dando un cierto carácter de normalidad al descenso.

Más aun, cuando Grillo detectó una línea oscura que cortaba la superficie de una de las islas y, al mismo tiempo, escuchó la voz del comandante de la nave, que dijo:

-Hacia allá vamos.

Los relojes marcaban las veinte horas. Pleno día en el verano antártico.

A la pista cada vez se la veía más cerca. Es muy riesgosa porque ha sido construida sobre un acantilado. Es, además, de escasa extensión, tiene quinientos metros de longitud. Al avión hay que detenerlo en los primeros trescientos metros, ya que al final de la recta está el mar.

El descenso fue estupendo. Perfecto. Con gran habilidad los pilotos colocaron el avión en la pista y lo detuvieron frente a las instalaciones que allí se levantan.

Momentos previos al aterrizaje, la máquina fumadora captó con gran fidelidad la maniobra. Basta observar las imágenes tomadas entre los dos aviadores, a quienes se les puede identificar por sus rasgos. Es realmente emocionante ver cómo el avión enfila hacia la pista y luego de salvar el escollo del acantilado se va acercando a tierra para posarse en ella con total normalidad.

Cuenta Grillo -él tiene una vasta experiencia en viajes aéreos- que cuando el avión tocó tierra nadie aplaudió ni realizó ninguna demostración de júbilo. El pasaje experimentó un alivio colectivo; hubo una descarga de la tensión vivida cuando el aparato se desestabilizó sobre el Estrecho de Drake.

Cuando se abrió la puerta para el descenso, se encontraron con compatriotas que los aguardaban al pie del avión.

Viejos conocidos y aquellos que se veían por primera vez se abrazaron con efusividad y emoción. Algunos se desconocían por los pasamontañas, las barbas y las abrigadas vestimentas.

Abrazados caminaron hacia las instalaciones chilenas.

Pocos metros antes de arribar, se cruzaron con un niño. De los pocos que allí viven, es el hijo del médico chileno.

Apelando a su gracioso canto andino y después de observar que al periodista Vernengo apenas lo abrigaba un sobretodo, le dijo:

-Oye, tú... abrígate bien... mira que acá el frío no es joda.

# CAPITULO V

Sin duda, tenía razón el niño chileno.

El frío que comenzaron a sentir era de una intensidad desconocida. A pesar de los abrigos experimentaban una sensación taladrante y distinta. Les daba la impresión de estar transitando por el interior de una cámara frigorífica.

En las instalaciones del aeropuerto chileno les sirvieron café. Fue el primer sorbo que bebieron en territorio antártico.

A pesar de la hora, era pleno día. Tal circunstancia estimuló a Grillo, a Terra y al "Negro" Fernández a caminar por los alrededores.

Apenas habían comenzado a hacerlo, cuando se les acercó el teniente coronel Porciúncula, jefe de la Base, para advertirles que tomaran todas la precauciones ya que era muy riesgoso caminar por la nieve, como también les indicó que sería imprudente alejarse en demasía del lugar donde se hallaban.

Fue el primer toque de atención que recibieron cuando aún no hacía una hora que habían llegado a destino. Con el correr de los días serían alertados sobre innumerables peligros que, real o potencialmente, constituyen un riesgo para quien se aventura a pisar territorio antártico.

Así fue como se les instruyó de la necesidad de caminar ayudándose de un palo, cuyo cometido sería tantear la solidez del terreno que pisaban. Siempre existe el grave peligro de apoyar el pie sobre una superficie debilitada por una corriente de agua subterránea que, a la menor presión, cede, provocando caídas o accidentes de real entidad.

Tomando las debidas precauciones, se propusieron llegar a la base chilena ubicada aproximadamente a quince cuadras de la pista de aterrizaje.

Fue la primera caminata antártica. Y, sin duda, una de las experiencias más fascinantes de la aventura.

Se fueron alejando de los hangares chilenos a través de un helado y solitario camino. Al poco tiempo de andar, comenzaron a tener conciencia del aislamiento en que se encontraban. Ya regresar no dependía de ellos. Factores, nunca antes tenidos en cuenta, estaban condicionando sus respectivas existencias.

El avión podría despegar siempre que los vientos, las lluvias o la nieve lo permitieran. La vida en tal lugar dependería de la aptitud de cada uno para adaptarse a un medio tan riguroso y exigente. Deberían sobrellevar el aislamiento tratando de no sufrir ningún trastorno psíquico, que los podría convertir en elementos desequilibrantes en la convivencia que estarían obligados a llevar a cabo en la base. También, de la fortuna de no pisar ninguna de las fisuras que ofrecen los suelos o de no ser el blanco elegido por algunas de las focas y, más aun, deberían evitar caer en las heladas aguas que rodean las costas de la isla Rey Jorge.

Pero, a pesar de los riesgos, se sentían deslumbrados frente a un panorama que les resultaba totalmente novedoso y desconocido. Nunca habían caminado bajo un cielo tan azul e inmaculado, entre glaciares que adquirían caprichosas formas geométricas en medio de un apacible y extraño silencio cortado, más de una vez, por el sonido seco y estridente de grandes masas de hielo que, al desprenderse, caen al mar o ruedan por las pendientes de las distintas elevaciones.

Tal era la conmoción que hasta prescindieron, dejaron de lado o, simplemente, se olvidaron del porque de estar allí. Si bien en el trayecto, y sobre la costa observaron a más de un pingüino, no repararon en ellos. Sólo lo consideraron un elemento más de una geografía que los entusiasmaba a cada paso.

Así, extasiados y sorprendidos, arribaron a la base chilena.

A su llegada experimentaron la primera y agradable confirmación en cuanto a que en dicho continente predomina un clima de tolerancia, donde la convivencia entre sus pobladores resulta altamente gratificante. No interesan las nacionalidades de los mismos o los distintos sistemas de gobierno que cada estado adopte. Nadie inquiere sobre filiaciones políticas y menos aun importan las razas y las creencias religiosas.

De ahí que, instaladas una frente a otra, apenas separadas por una pequeña corriente de agua, se encuentran las bases de Chile y URSS. Parecería que el único elemento de discordia es el nombre con que han designado a esa especie de arroyo que las separa. Los soviéticos lo designan con el nombre de Volga; los chilenos lo llaman Mapocho.

Muy próximo a la base chilena se levanta una hostería que depende de las autoridades trasandinas. Es un establecimiento muy confortable, que se ve visitado asiduamente por turistas que arriban en sus barcos. Recorren la zona, almuerzan o cenan en la hostería y vuelven al buque madre a dormir. Son cruceros muy costosos que cada vez cuentan con más adeptos entre excursionistas de las más variadas nacionalidades.

También visita la zona una nave soviética. Lo hace periódicamente. Su presencia es aguardada ansiosamente por el personal de la base.

Tal expectativa está motivada porque en el buque viajan mujeres. Los sexólogos soviéticos han constatado que las bajas temperaturas no disminuyen las naturales apetencias de los camaradas. Por ello, la nave recorre toda el área polar, deteniéndose en las bases identificadas por la hoz y el martillo; es también una forma de contribuir para que sus técnicos continúen siendo precisos en sus proyecciones y cálculos.

Es una conocida presencia en el entorno antártico que nada tiene que ver con espectros o fantasmas. Por el contrario, cada vez que se la ve aparecer en el horizonte, más de una copa de vodka se levanta jubilosa e ilusionada.

También el trío uruguayo brindó con una copa al arribar a la hostería. Acompañados por el comandante de la base chilena, gustaron las propiedades del famoso vino del hermano país.

El plan que se habían trazado era el de cenar en la misma para, posteriormente, trasladarse a la base uruguaya. Este se cumplió a medias. Si bien disfrutaron de una buena comida, debieron pernoctar en sus instalaciones porque una tormenta impedía cualquier desplazamiento por mar.

A la mañana siguiente, luego de bañarse y desayunar, se vistieron con ropas apropiadas para embarcarse en lanchas argentinas, chilenas y uruguayas.

La travesía no fue nada placentera. Por el contrario, se experimentaron las primeras sensaciones de inseguridad y temor. Se tuvo conciencia de la fragilidad de las embarcaciones que navegan en medio de un mar en cuyas aguas es imposible sobrevivir por más de dos minutos.

La primera etapa del viaje era visitar la "pingüinera".

S i bien estaban advertidos de la enorme cantidad de pingüinos que allí habitan; el espectáculo que tuvieron frente a sus ojos los conmovió. Miles y miles de estas aves marinas se desplazaban al borde del mar y entre los hielos.

Cuando descendieron, comenzaron a caminar entre ellas, las que los observaban con cierta curiosidad. No son agresivas; sólo atacan cuando alguien se acerca en demasía o cuando toman conciencia que su cría está en peligro.

Es frecuente verlas desplazarse en grupo; teniendo la particularidad de que los componentes de dichos conjuntos siempre son de la misma especie.

Bastó recorrer el lugar y conocer sus características y carencias, para darse cuenta que en sus inmediaciones no podían trabajar como habían planeado antes de la partida. Era notorio que los refugios, donde el grupo científico debería vivir y experimentar con los pingüinos, carecía de elementales comodidades para realizar cualquier tipo de trabajo de tal naturaleza.

Estaban observando las construcciones cuando vieron caminando a un hombre acompañado de un perro policía. Fumando una pipa se acercó hacia donde se encontraba el grupo. Saludó levantando su mano derecha, les dirigió unas pocas palabras y continuó su camino para perderse detrás de un glaciar de regulares dimensiones.

Un veterinario chileno les explicó que se trataba de un científico de nacionalidad alemana que desde hace más de cuatro años vive en la región. Habita un refugio en las proximidades de la pingüinera y siempre se le ve acompañado de su perro.

Minutos después que el alemán desapareciera de su vista, embarcaron en una lancha "Zodíaco" rumbo a la base uruguaya.

La embarcación es impulsada por un motor fuera de borda y un remo manejado por un integrante de la tripulación. Aquel no puede ser utilizado en las cercanías de la costa por la presencia de los cantos rodados.

Navegar en dichas embarcaciones tiene sus riesgos. Existe el peligro de que cualquier foca, incluso en forma involuntaria, pueda dar vuelta la lancha. Asimismo si el tiempo varía bruscamente se producen modificaciones en las condiciones de navegabilidad, como la aparición de altas olas, que pueden hacer peligrar la estabilidad de la embarcación.

Es conveniente que se hagan a la mar de a dos, ya que es frecuente que el motor se detenga, como precisamente sucedió cuando iban camino a la base y, en tal caso, es necesario que sea socorrida por la restante

En mitad del recorrido debieron cambiar de rumbo, porque se detectó la presencia de oreas navegando en las inmediaciones. Sabido es que tal cetáceo constituye un gran peligro para cualquiera que navegue en esas aguas dada su ferocidad.

Así, flanqueados por embarcaciones chilenas y argentinas, tuvieron a la vista la base uruguaya.

Casi al unísono los tres realizaron el mismo gesto. Con el enguantado índice de su mano derecha señalaron un punto sobre la bahía. Era el lugar donde se levantaban los "wannigans" y los dos galpones que constituyen las instalaciones de una base a la que el Pabellón Nacional y los emblemas de Artigas y de los Treinta y Tres le otorgan una inconfundible personalidad.

#### CAPITULO VI

Eran las dos de la tarde cuando arribaron con gran novelería a la base. Con algunos de los moradores de la misma ya se conocían; con otros se veían por primera vez. Ello no fue impedimento para que se trataran como viejos amigos. Si bien hacía pocas horas que habían dejado el país, el encontrar abrigo y refugio en el interior de uno de los "wannigans" orientales, no dejaba de ser reconfortante.

Más cuando fueron recibidos con un asado. Al mismo lo doraron bajo techo; utilizando un medio tanque como es frecuente ver en cualquier esquina de nuestra ciudad.

Antes de almorzar, bajaron los equipajes de las lanchas. Los viajeros y el personal allí acreditado recorrieron más de una vez la distancia que separaba la costa de las instalaciones de la base, para ubicar en sus ambientes las pertenencias de los recién llegados.

No fue una tarca fácil, ya que es dificultoso desplazarse sobre los cantos rodados.

En uno de esos viajes, casi ocurre una tragedia. Fue cuando Freddy Terra portando dos valijas estuvo a punto de tropezar con un elefante marino que estaba echado a pocos metros de la costa y que no pudo individualizar porque el pigmento de la piel se confundía con el color del suelo. Lo detectó cuando fue paralizado por el nauseabundo olor que expedía tal foca cuando caminaba a pocos pasos de su cuerpo.

No fue el único percance que tuvo en la jornada. Resultó que rumbo a la base, el agua mojó su mano derecha. Como estaba protegida por un grueso guante no le dio mayor trascendencia a lo ocurrido. No obstante, ya en el "wannigan" constató que había hecho un edema en los dedos de dicha mano. De ahí que estuvieran hinchados y amoratados. Como aventajado estudiante de medicina, de inmediato tuvo conciencia de las consecuencias que le podría acarrear. Su preocupación se fue disipando cuarenta y ocho horas después, cuando comprobó que sus dedos volvían a las dimensiones normales. Fueron jornadas de real y silenciosa preocupación, ya que el percance sólo lo comentó a Grillo cuando ambos quedaban solos en el dormitorio.

Este era muy estrecho. Constaba de dos cuchetas. Una era compartida por ellos dos. Terra dormía en el compartimiento inferior; su compañero en la cama de arriba. En su interior colocaron las valijas y distribuyeron sus pertenencias.

El lugar donde se desarrolla la vida de relación tenía una cierta amplitud. Era donde se llevaban a cabo las comidas diarias, el desayuno y la merienda. Donde se disputaban partidas de ajedrez, dominó y cartas. Donde se escuchaba música y se veía televisión.

En ese período se disponía de alrededor de veinte películas para ser proyectadas en la pantalla chica. Las mismas se renuevan con frecuencia y versan sobre temas de carácter científico, documental o son filmes de naturaleza eminentemente comercial.

La población estaba constituida por personal militar y civil. Su jefe es un teniente coronel del Ejército y los restantes miembros oficiales de inferior grado. El medico, dos veterinarios, el telegrafista, ayudantes y el cocinero integraban también los cuadros castrenses.

El personal civil constaba de un mecánico, encargado del mantenimiento de los motores allí emplazados, y un electricista.

En el otro "wannigan", además de oficiar de dormitorio, estaba colocada la radio de la base.

Las instalaciones se complementan con dos galpones. En uno, estaban ubicadas la cocina, la despensa y el baño. Era el lugar donde estaban emplazados los generadores; además oficiaba de taller y depósito de equipajes.

La higiene presentaba sus particularidades. Sólo era pasible darse baños muy cortos, pues el agua se enfría con mucha rapidez. Además, no hay lavatorios. Para higienizarse las manos, la cara, los dientes, hay que recurrir a tanques que contienen agua hervida. La misma proviene del glaciar.

Apenas llegados, se los instruyó de la vestimenta a llevar. A las ya descriptas (pantalón vaquero, calzoncillos largos, camiseta y camisa leñadora) se le agregaba: rompevientos, gruesas camperas, uno o dos pares de guantes, ya que, de lo contrario, y a pesar de que aparentemente el frío no era-tan intenso, se les entumecerían los dedos de las manos. Cuando llovía o nevaba, se les suministraba ropa apropiada para contrarrestar los efectos de tales fenómenos climáticos. También botas de goma

que llegaban hasta la mitad de la pierna que, al estar revestidas de fieltro y usarse conjuntamente con dos o tres pares de medias producían una agradable sensación térmica.

Así ataviados, Grillo, Terra y Fernández, decidieron realizar una caminata de reconocimiento por los alrededores del flamante "dormitorio". Serían alrededor de las cuatro de la tarde.

Era su segunda caminata polar, aunque el incentivo de ésta era mayor ya que iban a conocer el entorno geográfico que rodeaba a la base. Antes de hacerlo, los instruyeron, una vez más, de las precauciones a tomar.

En todos los casos debían salir de a dos, portando siempre una radio para comunicarse con el operador. Era necesario que cada uno llevara un palo para detectar las grietas que pudieran abrirse en la nieve y que, como ya se ha hecho mención, constituyen un grave y potencial peligro para cualquiera que se aventure a conocer la zona.

Se alejaron de la base a una distancia que se podría estimar en quinientos metros. El panorama que se les presentaba no variaba de aquel que habían contemplado el día anterior.

Lo que sí, quizás, porque hacía apenas un día que se habían alejado del país o porque aún mantenían el concepto de lo que significad dominio del Estado, fue que a las focas, skúas y pingüinos, los consideraron distintos a los que conocieron el día anterior. Su proximidad a las instalaciones de la base, les daba a esos mamíferos y aves la condición de uruguayos. De ahí que resultaran más simpáticos y menos agresivos y feroces.

El paseo fue cauteloso y lento. Estaban en conocimiento de que si el palo se hundía más de treinta centímetros en la nieve, había que optar por tomar otro rumbo. Registraban a través de la máquina fotográfica los aspectos más salientes o sorprendentes del medio.

Cuando Grillo se aprestaba a centrar su lente, fueron atacados por una bandada de skúas. Estos pájaros tienen el hábito de proteger sus nidos "tirándose en picada" sobre todo aquel que se acerca a ellos. Son aves de ciertas proporciones, dotadas de un pico realmente peligroso. Usando los palos pudieron ahuyentar esas verdaderas aves de rapiña.

Luego de superar la conmoción que les produjo la agresividad de los skúas, decidieron regresar porque se había desencadenado una tormenta de nieve.

Cuando ingresaron al "wannigan" el viento soplaba a una velocidad de ciento veinte kms. por hora. En su interior, aún permanecían los argentinos y chilenos ya que las condiciones del tiempo les impidieron regresar a las respectivas bases. Dicha circunstancia y el hecho de que estaba prevista la primera comunicación por radio con Montevideo, dio motivo a que se abriera una botella de whisky.

Los contactos por radio se llevan a cabo tres veces al día. Depende de lo que disponga el jefe. Obedecen a razones de servicio, a imprevisibles circunstancias que se pueden presentar, o para comunicarse con los familiares.

Siempre se realizaban a través de un radioaficionado. Era quien ponía en contacto al habitante de la base con su familiar. Se comunicaban a través de fórmulas consagradas.

Así, por ejemplo, se escuchaba desde Montevideo a una voz preguntar:

-¿Cómo llegaron? Cambio.

A lo que se contestaba:

-Muy bien... y ustedes... ¿cómo están? Cambio.

Si bien la extraña manera de dialogar podría hacer perder naturalidad y hasta intimidad a la conversación, el hecho de escuchar la voz de alguien de quien se desea tener noticias, llevaba a quien se colocaba los auriculares a saber que la soledad que estaba experimentando era apenas un mero y transitorio desamparo.

#### CAPITULO VII

En su primera noche en la base experimentaron una sensación nueva: dormir rodeados de la más absoluta claridad.

No es fácil adaptarse y hasta llega a ser desconcertante ver al reloj marcar las tres de la mañana y observar una naturaleza que se nos muestra idéntica a la que es dable contemplar en horas del mediodía.

Frente a dichas circunstancias, es necesario oscurecer los ambientes donde se descansa. Ya que no sólo estamos habituados a dormir de noche, sino que precisamos su entorno y silencio. Acostarse en horas del día es compensar alguna carencia de sueño de la noche anterior.

De ahí que utilizando cartones, diarios y telas que colocaban en las aberturas, trataban de lograr una cierta penumbra. Además, era dificultoso conciliar el sueño porque nunca existía un silencio total. Se escuchaban las voces de los que continuaban jugando a las cartas, la música de los cáseles o los ruidos que provenían de la televisión.

Lo que creaba una sensación muy especial era el panorama que se abarcaba desde el dormitorio. A través de la ventana se recortaban picos helados, glaciares de existencia milenaria y, más de una vez, acostados en sus cuchetas contemplaron cómo el paisaje se desdibujaba detrás de una nieve que caía lenta y copiosamente, anunciándoles que debían mantenerse en el interior de los refugios. Cuando tal cosa sucedía, no había mayor premura en dejar la cama.

Durante la jornada, o sea en el correr de ese día lunes, se les instruyó acerca de cómo estaba organizada la actividad y el trabajo en la base.

Los horarios eran elásticos. No había una hora estipulada para servirse ninguna de las comidas. Las variaciones del clima y las frecuentes e imprevisibles visitas hacían imposible fijar con antelación el momento en que los habitantes de tales "wannigans" se podían sentar a la mesa.

No obstante, la falta de cierto rigor en los horarios, se trabajaba intensamente. Cada uno en su especialidad. Aparte de las tarcas específicas, se había estipulado un régimen de guardias. Dos de sus ocupantes estaban encargados de llevarlas a cabo. Durante la jornada eran los que realizaban los trabajos tendientes a mantener el asco y el orden en las instalaciones de la base.

Debían realizar ciertas tarcas que ya estaban estipuladas de antemano. Así era que servían la comida, lavaban los platos, ordenaban los distintos utensilios de cocina, barrían los distintos ambientes y debían transportar, entre los dos, un dispositivo metálico denominado "porta-potti" a una distancia cercana a trescientos metros de las instalaciones, para vaciar su contenido que consistía en las materias fecales acumuladas en el día.

De esta última tarea nadie estaba excluido. Incluso el comandante tenía que recorrer esa distancia portando esa pesada carga. Allá nadie tenía privilegios; cosa que, sin duda, favoreció y estimuló la convivencia en la isla.

Si bien se encontraban muy cómodos en contacto con sus compatriotas, hubo algo que realmente los tenía inquietos y preocupados. Hacía tres días que habían arribado y los equipos para iniciar sus investigaciones aún se encontraban en la base chilena. Lo que sucedía era que las condiciones del tiempo hacían imposible que pudieran ser enviados por vía marítima.

Asimismo el tiempo obligó a los chilenos y argentinos a no moverse de la base uruguaya.

La convivencia por un término de setenta y dos horas con personas que apenas se conocían, la estrechez del ambiente donde se movían y la persistencia de un tiempo cada vez más amenazante, fue creando un clima de cierto nerviosismo. El transcurso de las horas le fue quitando interés y novedad a las conversaciones. Se habían agotado las amabilidades y las ocurrencias que ironizaban las relaciones de los países o las modalidades de sus habitantes.

Por eso fue un alivio para todos cuando se despidieron al borde de la bahía, y una muy buena noticia para los integrantes del grupo científico saber que era inminente el arribo de su equipo.

Se debieron realizar ocho viajes para poder transportar la totalidad del material.

Fue un trabajo muy duro porque hubo que recorrer, con las valijas al hombro, los doscientos metros de cantos rodados que separaban la costa del galpón en cuyo interior iban a instalar el laboratorio.

Cuando estaban aguardando el arribo de las lanchas, vieron que en una de ellas viajaba un perro. Ya cuando navegaban a escasos metros de donde estaban, individualizaron que con él venía el científico alemán que habían conocido en la pingüinera.

De un salto, el teutón y su acompañante bajaron a tierra. Después de saludarlos e interrogarlos acerca de las primeras impresiones que les había provocado el medio, se mostró muy interesado por el trabajo que tenían proyectado realizar y se ofreció para evacuar cualquier consulta sobre las distintas actividades y vidas de las especies de la comarca. Incluso, ayudó a cargar los equipajes y observó las características del ambiente que habían elegido para llevar a cabo las investigaciones. Luego, sin que nadie lo advirtiera, se alejó del lugar. Cuando constataron su ausencia, era un punto que ascendía un glaciar seguido por su perro policía.

Al galpón destinado para funcionar como laboratorio se lo acondicionó de la mejor manera posible. Se colocaron maderas en el piso, se le calefaccionó con dos estufas que dieron un relativo resultado ya que, al no cerrar bien las puertas, la nieve ingresaba al interior del ambiente. Por momentos, el frío que experimentaron en su interior fue muy intenso. Más de una vez, debieron interrumpir sus trabajos para sacarse los guantes y frotarse las manos bajo las axilas a fin de que el roce les provocara una cálida sensación térmica que les permitiera seguir con sus tarcas.

Adheridas a las chapas que oficiaban como paredes del galpón, se veían fotos de los familiares.

Dadas las exigencias del trabajo a realizar, era necesario instalar un laboratorio completo de análisis clínicos. Como el proyecto apuntaba a encontrar sustancias antiescleróticas en los pingüinos, era menester extraer sangre de sus cuerpos y procesarla para que no se echara a perder.

Se montó en el lejano paraje un complejo que contaba con todos los elementos para cumplir los fines propuestos.

Además, en el medio del galpón estaba prevista la instalación de una mesa quirúrgica. La misma había sido construida especialmente para disecar o extraerle sangre a los pingüinos.

Cuando la estaban armando, un compañero llegó hasta el galpón para comunicarles que debían correr hacia el "wannigan" porque se había alertado por la radio que se acercaba una tormenta de viento y nieve.

Cuando ingresaron al mismo, por el televisor se proyectaba una película de Gardel. Para ponerse a tono con la voz cálida y nostálgica del "Mago", no se les ocurrió otra cosa que sentarse alrededor de una larga mesa para comenzar a evocar sus respectivas tristezas.

#### CAPITULO VIII

A la jornada siguiente despertaron con otro ánimo. Sabían que en uno de los galpones tenían el material necesario para comenzar los trabajos.

Contaban, además, con máquinas fotográficas y fumadoras para registrar y documentar las distintas etapas del proceso de investigación.

Era necesaria la mesa quirúrgica porque estaba previsto que el pingüino iba a ser sujetado y anestesiado sobre ella. Se le inyectaría kelatar, que es el producto que se usa en las intervenciones quirúrgicas practicadas al ser humano.

Al costado de la mesa se ordenaban todos los elementos que integran una caja de cirugía. Era imprescindible contar con material de laboratorio, ya que una vez extraída la sangre de la arteria se introducía en una bolsa a los efectos de procesarla.

Son las mismas que se utilizan en las transfusiones de sangre. En su interior llevan un líquido especial para impedir que ésta se coagule.

Al pingüino, después de anestesiarlo, se le hacía una descubierta en el cuello para luego puncionar una de las arterias carótidas. La sangre era depositada en las mencionadas bolsas. Desde ese momento, Terra quedaba encargado del proceso posterior. De ahí que fuese él quien la introducía en tubos de ensayo y en la centrífuga.

Una vez colocada en este último dispositivo, la sangre se centrifugaba aproximadamente a tres mil revoluciones por minuto.

Transcurrido un plazo de diez minutos, el plasma se separaba de los glóbulos rojos. Se lo depositaba en una bolsa especial y se lo introducía en el freezer a una temperatura de 30 grados bajo cero a los efectos de su conservación.

Entre la extracción de la sangre hasta la obtención del plasma no se demoraba más de diez minutos. Después que era centrifugada, más de una vez se utilizaban pequeñas muestras para ser observadas al microscopio. Antes era necesario colorearlas. A través de ese medio fue posible observar la estructura de las plaquetas y de los glóbulos rojos; estos tienen la característica de ser nucleados.

Se realizaba también un cónico globular. Para ello poseían un aparato denominado cámara cuenta glóbulos. Al pingüino se le realizaba, al mismo tiempo, un hemograma y un recuento leucocitario que se registraba en cuadernos llevados en forma diaria.

Los plasmas se dividían de acuerdo al tipo de pingüinos. En la isla hay tres tipos: Adelia, Papúa y Antártico.

Las distintas especies muestran características disímiles en la estructura de sus plasmas. Varía el color, densidad y composición.

A los tres que se sacrificaron se le extrajeron las vísceras para ser objeto de posteriores estudios; de ahí que se hayan acondicionado en dispositivos especiales corazones, arterias, cerebros y órganos del apáralo digestivo.

Para el estudio de tales elementos usaban un aparato que se utiliza en geología para observar macroscópicamente. Se disponía de una balanza electrónica, ya que los cubos deben ser pesados antes de; introducirlos en la centrífuga; los mismos tienen que tener el mismo peso, de lo contrario se rompen.

Otro trabajo que llevaban a cabo era el estudio radiológico de los pingüinos. El responsable de esa función era el "Negro" Fernández, destacado técnico en radiología. Era el encargado de sacar las placas. A las aves se les inyectaban contrastes introduciéndoles un catéter en la arteria. De ahí que en uno de los baños del "wannigan" habían acondicionado una cámara de revelados.

Las condiciones de trabajo fueron muy duras. Cuando llegó el material, se debió trabajar día y noche en el interior del galpón para ponerlo en funcionamiento porque los plazos apremiaban y era fundamental llevar a cabo las investigaciones planificadas de acuerdo a la tesis de trabajo oportunamente presentada.

Durante el lapso que permanecieron en ese ambiente, sufrieron el rigor de temperaturas extremas. A pesar de las dos estufas, más de una vez tuvieron que suspender los trabajos para tratar de calentarse las manos de cualquier manera; o colocándolas excesivamente cerca de aquellas o ubicándolas bajo las axilas en busca de temperaturas menos rígidas.

No obstante trabajaron intensamente.

Era mucho el tiempo que insumía el estudio de cada ave. Había que capturarla, trasladarla hacia el laboratorio, anestesiarla, practicarle la descubierta para iniciar el proceso que ya se ha explicado en párrafos anteriores.

Caminaban continuamente en el interior de aquel laboratorio polar. El proceso de disección, extracción de sangre, conservación, coloración, conteo de glóbulos rojos y todo lo concerniente a anatomía patológica insumía mucho tiempo.

Más de una vez tuvieron que superar el olor nauseabundo que dominaba el recinto. Si bien al final de cada jornada higienizaban los materiales utilizados, como también se empeñaban en no dejar rastros de las aves con que habían trabajado, era imposible desterrar del interior del galpón el agudo y desagradable olor característico del pingüino.

A los efectos de la eficacia de la labor a desarrollar y previamente a su inicio, se habían distribuido las tarcas que, por otra parte, eran las que correspondían a sus respectivas especialidades.

El Dr. Grillo era el cirujano. Tenía la función de estudiar a los pingüinos, anestesiarlos, realizarles las descubiertas y puncionar sus arterias. Terra, que estaba por culminar sus estudios en medicina, era el laboratorista que tenía a su cargo el procesamiento de la sangre y su posterior estudio; Fernández, técnico en radiología, era el que tenía que ver con los exámenes de esta especialidad. Extrajeron en total más de tres litros de plasma correspondientes a aves de distintas especies y edades.

Más de una vez, mientras trabajaban, contemplaban, a través de las aberturas del galpón, al mundo exterior. Eran los momentos en que resultaba más difícil compenetrarse en la labor que estaban llevando a cabo. Les parecía mentira estar manipulando instrumental médico en el interior de un galpón levantado en medio de una zona tan extraña e inhóspita. Cada uno, a su momento, experimentó tal sensación; aunque tuvo el tino y el pudor de callar. Sabía que no era bueno para la marcha de la investigación emprendida hacer mención a cualquier cuestionamiento. De ahí que no haya sido casual cuando, una mañana, mientras Terra contemplaba nevar, teniendo en su mano derecha una bolsa repleta de sangre de pingüino, que Grillo le haya dicho:

-Dale flaco... no te distraigas... hace de cuenta que estás en el Clínicas.

# CAPITULO IX

Existía un factor que dilataba o postergaba los trabajos: las constantes visitas que se recibían en la base.

Sus instalaciones oficiaban como una dependencia más de nuestra Cancillería ya que, diariamente, llegaban personas con rango diplomático, técnicos y peritos provenientes de otras bases e incluso turistas que habían arribado a la Antártida en lujosos transatlánticos.

Era frecuente que helicópteros descendieran en las proximidades de los "wannigans".

Así fue como una mañana arribó a bordo de uno de esos aparatos un técnico español a quien cariñosamente llamaban "Felipillo", un marino paraguayo muy consustanciado con nuestra realidad política, económica e incluso deportiva y cuatro señoras que eran las esposas de los integrantes de la misión trasandina. Con ellos llegó un sacerdote proveniente de Santiago de Chile. Luego de descender del helicóptero, caminó hacia las construcciones de la base. Cuando llegó a la puerta de entrada de uno de los "wannigans" se detuvo, guardó silencio, hizo la señal de la cruz y bendijo las distintas instalaciones. Tan fervorosa y severa postura religiosa, casi de inmediato se transformó en una sorprendente actitud vital. Dando pautas de un incisivo y fino humor, satirizó las costumbres de los pobladores de la isla e hizo mención a la obligada abstención sexual a que estaban sometidos.

Si bien las visitas dilataban los trabajos, lo cierto es que también resultaban necesarias y enriquecedoras.

Era la oportunidad de intercambiar conocimientos, puntos de vista y dudas sobre un medio tan virgen e inabordable. Se detectaba un marcado interés en conocer cuál era la función que cada uno cumplía en la zona.

Además el trato era muy llano, cálido, simpático. Existía conciencia de la pequeñez frente al medio, del desamparo y de los peligros. De ahí, quizás, que nadie se mostraba petulante ni altivo.

No todas las visitas o arribos estuvieron signados por ñolas de carácter agradable o simpático.

Durante una de esas jornadas, regresaron a la base varios compatriotas que la habían dejado hacía apenas unas pocas horas.

Antes de partir fueron despedidos con una alegre y bien servida cena. Lo que sucedía era que regresaban al país en el mismo avión que transportó al equipo científico. Entre ellos figuraba Vernengo, un periodista de "El Día".

Momentos previos a que las lanchas se hicieran a la mar se abrazaron y se desearon la mejor de las suertes. Cuando las embarcaciones desaparecieron en el mar, los ocupantes de la base permanecieron por unos minutos en silencio; luego volvieron a sus ocupaciones.

Cuando Grillo estaba manipulando el cerebro de uno de los pingüinos, que apenas pesaba doce gramos y Terra introducía un estómago en una solución con formol, ingresó al galpón el telegrafista. Visiblemente excitado, les comunicó que se había recibido la noticia de que el avión que conducía a los compatriotas regresaba a la base con un motor incendiado.

A partir de ese instante, se vivieron momentos de enorme incertidumbre y angustia. Se barajaron todo tipo de posibilidades. Alguien maldijo en voz alta el momento en que había aceptado viajar a tales territorios; otro aseguró haber oído nítidamente una explosión que la vinculaba con el percance sufrido por el aparato.

La tensión llegó a su grado más alto cuando el telegrafista recibió un llamado de la pista chilena. La expresión de su rostro los tranquilizó a todos.

Lo que sucedió fue que a pocos minutos de haber levantado vuelo, se advirtió fuego en uno de los motores. Los pilotos, en forma inmediata, comunicaron a la torre de control que regresaban al punto de partida. Para fortuna de todos, a los catorce minutos de haber despegado, el aparato tomaba otra vez contacto con la pista gracias a la pericia y serenidad de los aviadores compatriotas que pudieron aterrizar sin ningún inconveniente a pesar de venir volando con un motor apagado.

Apenas se enteraron en la base "Artigas" de la suerte de los compatriotas, se escucharon gritos y hurras. Idénticas escenas se repitieron cuando la tripulación del avión y los pasajeros retornaron a los "wannigans".

Quienes los aguardaban pudieron constatar las expresiones de pavor que se pintaban en los rostros de algunos. Sin duda, los recién llegados habían experimentado la misma angustia que aquellos que viajaban con destino a la Antártida, cuando el Fairchild se desestabilizó volando sobre el Canal de Drake.

Se les sirvió café, whisky y, en todo momento, se trató de quitarle entidad a lo que había sucedido.

La reacción de los uruguayos no fue en todos la misma.

Era evidente que uno de los recién llegados estaba en estado de shock. Sentado en un rincón del ambiente utilizado como comedor, no cesaba de repetir:

"Casi nos hacemos puré".

Por el contrario, los pilotos daban pautas de otro ánimo. Tanto el comandante como el copiloto, además de excelentes profesionales, eran individuos de muy buen humor.

A través de sus apreciaciones, comentarios, explicaciones de lo que realmente había sucedido, de sus ocurrencias y del esfuerzo desplegado por el personal de la base para animar a aquellos que habían tenido tan desagradable experiencia, se fue creando un ambiente menos tenso y preocupante.

No obstante, aquel que se mantenía sentado en el rincón, no había superado la impresión que le produjo ver grandes llamas a nivel de un ala del aparato. No cesaba de repetir que tuvo la certeza de que el intenso viento iba a favorecer un incendio generalizado e irremediable. Juraba haber visto destellos rojos a nivel de la otra ala y llegó a afirmar que en la atmósfera se reflejaban los matices del fuego que, de acuerdo a su versión, había cubierto casi totalmente el aparato.

Era tan auténtica su angustia que cuando hablaba, todos callaban. Nadie se animaba a desmitificar los momentos de horror, desesperación y miedo que ratos antes habían experimentado volando sobre aquellas aguas heladas.

De ahí que sentado en el suelo y apoyado contra la pared del "wannigan" rechazaba cualquier bebida o bocadillo que se le ofreciese. Sus ojos se fijaban en el piso y el gorro de lana que usaba para cubrirse la cabeza había caído sobre sus ojos. Sí, había cambiado el estribillo. Los que se encontraban cerca de él, lo escuchaban repetir periódicamente:

"¡Carajo!... casi nos hacemos mierda."

#### CAPITULO X

Hacía once días que el grupo había dejado Montevideo. En el correr de dicha jomada, regresó a la base el personal técnico (veterinarios) que estuvo estudiando en las pingüineras el comportamiento de sus habitantes.

Observaron su régimen de alimentación, cómo y en qué épocas se reproducen, cuál es el comportamiento que asumen frente a su cría, cuáles son las características principales que diferencian a las distintas especies, detectaron las reacciones que les provoca los exámenes que se les realizaba y el cambio de la dieta que, en algunas oportunidades, se practicó con fines experimentales.

Sin duda fue una actividad agotadora, ya que los mencionados técnicos vivían pendientes las veinticuatro horas del día de las múltiples actividades que desarrollaban las mencionadas aves.

Las condiciones de vida se hicieron muy severas como consecuencia de las carencias que presentaba el lugar donde debieron cumplir sus trabajos e investigaciones. Baste decir que tuvieron que vivir en los refugios que se han construido en las inmediaciones de las pingüineras. Son lugares muy inhóspitos, donde, se duerme en camas precarias y en donde la ausencia total de un adecuado acondicionamiento lleva a que quien allí habite se vea sometido a padecer los rigores de temperaturas extremadamente frías.

Durante la estadía se alimentaron con productos enlatados que calentaban realizando una de las operaciones más riesgosas que se pueden practicar en la zona: encender fuego.

La causa es muy sencilla de explicar. Se debe a dos factores. El primero, que escasea el agua para combatir las posibles llamas, y el segundo que siempre sopla un fuerte viento que alimenta y hace propicia la expansión de las mismas.

De ahí las precauciones que hay que adoptar cuando se prende un horno o cuando se enciende un calentador. Basta una ráfaga de viento para que, en minutos, se esté frente a un incendio de imprevisibles proporciones que siempre es muy difícil de combatir por la falta de agua.

Fueron muchas las carencias que tuvieron que soportar quienes estuvieron viviendo en los refugios. De ahí el aspecto que presentaban; bastaba mirarlos para apreciar que hasta habían envejecido prematuramente. La palidez de los rostros, sus marcados rasgos, la desprolijidad y suciedad de las ropas, una cierta tristeza en las miradas, les habían dado una imagen que no es extraña detectar en personas que están cumpliendo funciones en las bases allí instaladas.

Curiosamente, el ciudadano alemán, que hace aproximadamente cuatro años vive allí en compañía de su perro, mostraba otro aspecto. Si bien habita uno de los refugios y su alimentación es muy particular; se lo ha visto recoger y comer huevos de pingüinos, y aun cuando vive caminando entre el hielo y la nieve, su expresión es distinta.

Daba la impresión de ser un individuo que había encontrado su verdadero medio en dicha región. La mirada y el paso eran serenos; quizás disfrutaba de una paz que no encontró a orillas del Rin ni en los bosques de Bavaria.

Se comentaba que tenía familia en Alemania, que estaba en la isla cumpliendo funciones científicas encomendadas por el gobierno y que periódicamente recibía noticias de sus hijos.

Con seguridad que tales anuncios eran alentadores, porque es muy difícil asimilar pacíficamente una mala noticia o el anuncio de una desgracia estando tan distante del medio de donde proviene. Tal experiencia la tuvo el núcleo que habitaba la base, cuando "Cacho", así le decían al técnico encargado de los motores, recibió el anuncio, a través de la radio, que había fallecido su suegra.

En esos momentos, la impotencia adquiere diversas formas y se manifiesta de distintas maneras.

Generalmente produce una enorme depresión. Tampoco es extraño que lleve a un cierto aislamiento. Se quiere estar solo; o se opta por salir a caminar o a refugiarse en la cucheta, para desde ese rincón darle al dolor la más auténtica y exacta dimensión.

No es solamente a quien le llega la noticia el que se conmociona. También los demás habitantes de la base se ven tocados. Fundamentalmente por dos motivos. El primero, porque tan apretada convivencia va creando un clima realmente fraterno que lleva a compartir con intensidad las diversas situaciones y alternativas que se suceden en la jornada. El otro, porque la noticia alerta a todos.

Adquieren conciencia de que puede ser cualquiera de ellos el destinatario de una novedad de tal tipo. Entonces esa mezcla de solidaridad y sutil egoísmo los lleva a ser generosos con el compañero en desgracia.

Por supuesto que no era necesaria una situación límite para que en la base se vivieran escenas donde se detectaba que la estadía estaba reglada por un mutuo respeto y por un agradable y mordaz sentido del humor.

En uno de los momentos en que éste siempre afloraba, era cuando alguien resolvía darse una ducha. Realmente era dificultoso bañarse, porque se disponía de un calefón de poca capacidad y además el agua se enfriaba en pocos minutos. No obstante, durante ese periodo, quien ocupaba la duchera era blanco de continuas bromas. La mayoría se centraba en la imagen de la mujer. Mientras el aseado oriental se higienizaba, cantaba y se enjabonaba, sus compañeros lo indagaban acerca de la mujer con quien se iba a encontrar. Le preguntaban en qué esquina del glaciar lo había citado, por cuál de las vetas caminaría, qué características físicas tenía y a qué hostería la iba a llevar a cenar.

Mientras el que permanecía bajo la ducha comenzaba a emitir los primeros gritos y maldiciones por la caída de gotas heladas sobre su cuerpo, sus compañeros habían ido creando un tipo de mujer a través de las contestaciones y evasivas del prolijo galán.

Así, de esa forma, el fantasma femenino convivió alegremente con ellos en la estadía por aquellos hielos. Curiosamente no creó mayores angustias e inquietudes. Siempre fue una figura alegremente evocada y festivamente deseada.

Naturalmente que no todo era ficción.

La inevitable afinidad que siempre surge entre uno c integrantes de cualquier grupo humano, también se dio entre ellos. A pesar del escaso tiempo en que llevaban conviviendo, se dieron conversaciones que daban pautas de inquietudes y preocupaciones. E muchas de las mismas, el motivo era una mujer.

El respeto con que se la evocaba no era impedimento para comentar las alternativas de una relación plena, de una contenida expectativa o de un irreversible fracaso.

#### CAPITULO XI

En la base se estaban preparando los festejos de Nochebuena y Navidad.

Los que allí moraban iban a ser protagonistas de una experiencia insólita: celebrarían tales fechas de acuerdo a la tradición europea.

Entusiasmados por dicha expectativa, construyeron frente al "wannigan" principal un muñeco de nieve a quien Grillo colocó una bandera uruguaya de regulares dimensiones. Tal emblema lo acompañó en todo el transcurso del viaje, al mismo lo hizo firmar por compañeros de la base, como por todo aquel que arribaba a sus instalaciones en carácter de visitante.

No deja de ser un documento interesante el poder apreciar entre las franjas azules y blancas de las banderas, las firmas de técnicos, científicos, observadores, sacerdotes, militares, diplomáticos, aviadores, médicos, hombres rana, la de dos niños de nacionalidad chilena y la del enigmático personaje alemán.

Esta última firma tiene su historia.

Sucedió que una mañana Grillo se alejó de la base para recorrer sus inmediaciones pero, fundamentalmente, porque deseaba estar solo.

Con las precauciones necesarias comenzó a escalar la pendiente de un glaciar; no obstante, al apreciar las dificultades que acarrearía tal caminata, optó por desandar el camino recorrido y dirigirse hacia la costa.

No eran más de las ocho de la mañana en aquel ambiente donde el frío y el viento habían disminuido ostensiblemente su intensidad.

Desde su posición podía observar los movimientos de elefantes marinos, gaviotas, pingüinos y las demás especies que habitan la región.

Como consecuencia de seguir con atención sus desplazamientos pudo apreciar cómo las madres orientaban a sus crías desde el aire para advertirles de los riesgos que se les pueden presentar al emerger del agua o al desplazarse en tierra firme.

Estaba absorto contemplando los movimientos de dichas especies, cuando súbitamente vio a su lado al perro del alemán. Su enorme cabeza lo olfateaba a la altura de la cintura, la boca del animal, de quien se decía que era cruza con lobo, apenas se abría para mostrar dos filosos y amenazantes colmillos. Cuando el hocico ascendía a través de su tórax, se escuchó la imperativa voz del científico teutón. No se puede saber lo que habrá ordenado a su inseparable amigo, pero lo cierto fue que Grillo experimentó un gran alivio cuando el ejemplar se alejó en forma inmediata y corrió en dirección a la costa con un aire inofensivo e inocente.

Llegó el momento en que esos dos individuos quedaron frente a frente. Se comunicaron a través de un fluido inglés. En medio de la conversación a Grillo se le ocurrió enseñarle la bandera uruguaya que llevaba en el interior del bolso, con la intención de que su ocasional compañero estampara su firma

Si bien el alemán recibió de buen grado la invitación, e incluso llegó a sonreírse al ver tantas rúbricas en su superficie, tuvo reservas en agregar la suya. Aunque no fue muy explícito al tratar de justificar su negativa, algo le contó a nuestro compatriota.

Le relató que su padre había sido oficial alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Que en tal carácter combatió en las campañas de África e Italia y luchó en las calles de Berlín en los días previos a la rendición del Tercer Reich. Que el, aunque era un niño, recuerda con gran nitidez aquella época en donde chicos de su edad ya manejaban el fusil o la metralleta. Mientras hablaba caminaba continuamente sobre los cantos rodados; más de una vez tomó alguno de ellos para arrojarlo al mar. Mientras le acariciaba la cabeza a su perro, le manifestó que no compañía ni estaba de acuerdo con la organización política y social que se daban los países; no admitía la subordinación del individuo frente al poder del Estado.

Dé ahí que no creyera en sus símbolos. No obstante, sin que Grillo pronunciara palabra, tomó la bandera, introdujo su mano enguantada dentro de la campera, extrajo una lapicera y estampó una sintética firma en una de las franjas azules del Pabellón Nacional.

Luego se lo vio alejarse de la costa y despedirse a pocos metros de donde descansaban un grupo de focas.

Con paso lento Grillo se fue acercando a las instalaciones de la base; ya antes de llegar se podía ver que sus pobladores se divertían lanzando proyectiles sobre el muñeco de nieve construido a imagen y semejanza de los que se levantan en aquellas comarcas, donde las tradicionales fiestas coinciden con épocas de frío y nieve.

En el interior del "wannigan" se advertía una intensa actividad. Cada uno de sus ocupantes trabajaba febrilmente para la cena de la noche. Se prepararon mayonesa, carnes con distintas salsas, pescados, ensaladas de frutas y se completó el menú con el aporte de pan dulce, budín inglés, nueces y turrones que habían sido llevados desde Montevideo.

La cena fue realmente agradable. Un ambiente cordial y festivo fue creciendo a medida que transcurrían las horas.

Sentados a lo largo de la mesa, fueron picando quesos, fiambres y pan, mientras escuchaban los acordes de la orquesta de Aníbal Troilo, la voz de Edmundo Rivera y el expresivo susurro del "Polaco" Goyeneche.

Así era como en aquel punto de la Antártida un grupo de uruguayos aguardaba festejar la Nochebuena, mientras escuchaban tangos y milongas, discutían a Piazzola y se miraban cuando se oía cantar a Gardel.

Alguien, no se sabe con exactitud quién fue, decidió cortar con la melancolía. Decididamente se levantó de su lugar para manipular los botones del pasacasete; casi de inmediato en el recinto se escuchó música carioca.

El cadencioso ritmo del norte movió a todos. Los vasos se levantaron de la mesa para girar por sobre la cabeza de los distintos comensales, se chocaron los cubiertos en los platos, se practicaron pasos de samba, se recordó a Vinicius y se cantaron canciones de Chico Buarque.

En medio de ese ambiente cálido y norteño, otro hizo escuchar su aflautada voz de murguista. Cuando tres o cuatro participantes de la cena emulaban con sus voces y mímicas a viejos y legendarios protagonistas de nuestros carnavales, se escuchó en el recinto el inconfundible sonido que anunciaba que alguien estaba tratando de comunicarse por radio con la base.

Fue la primera de varias y sucesivas llamadas.

Lo que sucedió fue que desde las distintas estaciones comenzaron a llegar saludos y augurios de felicidad. Se irradiaban en el idioma original. De ahí lo extraño y conmovedor que resultaba escuchar en un indescifrable chino o alemán expresiones generosas y solidarias transmitidas a través de una contenida emoción

También desde la base uruguaya se emitieron idénticos saludos.

Pasadas las veinticuatro horas, la radio no recibió ni irradió más mensajes. Volvió a escucharse música de los más variados ritmos, se continuó bebiendo buen whisky, se conversó de los más variados temas, se recordó a cada familia, se masticó turrón y se esparcieron sobre la mesa varios trozos de pan dulce pero, por sobre todas las cosas, se tuvo conciencia que estaban habitando un continente extraño poblado por hombres de buena voluntad.

# **CAPITULO XII**

Los trabajos de investigación continuaron a todo ritmo; tanto fue así, que faltando pocos días para finalizar el año se podría decir que se había llevado a cabo el noventa por ciento de las experiencias previstas en la tesis presentada oportunamente a las autoridades competentes. Tal logro les permitió distribuir el tiempo entre las actividades estrictamente científicas y otras que los mostraban como curiosos expedicionarios ávidos por conocer las características y misterios de la Isla Rey Jorge.

Coherentes con dicha inquietud, en más de una jornada emprendieron el camino hacia la cumbre de un glaciar. Se sentían estimulados e incentivados por un juvenil espíritu deportivo que los impulsaba a "conquistar" más de una helada cima.

Los ascensos no eran fáciles. Más de una vez sufrieron distintas ilusiones ópticas. En ciertos momentos tenían la impresión de que bastaban pocos pasos para poder llegar a la cumbre, en otras, por el contrario, la veían lejana e inabordable.

En algunas ocasiones debieron renunciar a culminar un esfuerzo. No vencidos, pero sí convencidos de las dificultades y acechanzas que presentaba seguir escalando los hielos, emprendían el regreso.

Para ello utilizaban distintos métodos. Uno consistía en lanzarse por la pendiente, ubicando sus cuerpos sobre sendos plásticos. Lo hacían como los pingüinos, con el pecho hacia abajo. Las telas sintéticas servían como deslizadores, ello explica que el descenso lo hicieran a una vertiginosa velocidad.

Otro sistema era valerse de un "sky-doo" que es un medio de transporte similar a una moto. Tiene la particularidad de deslizarse en la nieve con facilidad.

En una ocasión lo utilizaron para seguir una senda que ascendía en forma por demás pronunciada hacia la cima de un glaciar. El primero que condujo tal vehículo fue Grillo. Le bastó oprimir el acelerador para que la máquina ascendiera a gran velocidad hacia la cumbre. A los pocos minutos el investigador compatriota se encontró terriblemente solo. La sensación fue realmente angustiante, ya que le era imposible compartir el miedo con nadie. Experimentaba un aislamiento que se asimilaba al desamparo. Nada era disfrutable. El silencio tenía la fuerza y el misterio de una premonición. La belleza se había convertido en una amenaza y la ausencia de vida animal y vegetal llevaba a pensar con cierta insistencia en la muerte.

Agobiado por la fuerza de un ciclo inmenso y celeste, optó por descender. Por la misma senda se lo vio conducir a su "sky-doo" a una enorme velocidad. Cada trecho recorrido, cada montículo dejado atrás, cada curva superada lo alejaban de su aislamiento y lo acercaban a los amigos, a quienes, por fin, divisó al final de una pronunciada pendiente.

Cerca de ellos, detuvo la máquina.

El mencionado episodio no desalentó ni llevó a renunciar al trío a continuar conociendo los rincones de la isla.

Ya, al otro día, en una de las lanchas que disponía la base, se embarcaron con destino a la pingüinera. Aprovechando que el mar estaba calmo, partieron en dos embarcaciones.

Al arribar constataron que en su primera visita, llevada a cabo a las pocas horas de haber descendido en la isla, no habían tenido una exacta visión de lo que realmente era la pingüinera.

Les resultó algo espectacular y conmovedor el hecho de enfrentarse a un panorama dominado por matices negros y blancos de miles y miles de pingüinos, cuyos desplazamientos se asemejan a verdaderos movimientos de masas que se trasladan continuamente entre los hielos, la costa y el mar.

En su segunda visita pudieron observar con más atención los hábitos de vida, las características de los nidos, forma de orientar a la cría manera de incubar, régimen de alimentación y llegaron hasta un inmenso y escalofriante cementerio donde ellos van a morir para mantener, por muchos años, su aspecto exterior intacto dado las bajas temperaturas de la zona.

Sobre la costa se veían varios costillares-de ballenas. Eran los esqueletos de las que murieron allí. Sobrevolando las piezas óseas vieron petreles y skúas que caían en picada sobre dichas osamentas con ánimo de limpiar de carne a los costillares. Observándolas con más atención, se asemejan a los restos de una embarcación que las corrientes del mar han arrojado hacia la costa.

En las inmediaciones de la pingüinera, vivía el ciudadano alemán en compañía de su perro. Alguien les indicó cuál era el refugio donde moraban. Consistía en una pequeña construcción de madera que se había levantado muy cerca del mar. Durante la mencionada jornada, se la veía herméticamente cerrada. No hubiese sido extraño que en su interior se encontraran sus ocupantes. Se comentaba en la zona que ambos comían a las mismas horas; incluso que, luego de ingerir sus respectivos alimentos, cada uno dormía la siesta en su correspondiente camastro.

Observando las construcciones que allí se levantaban y dialogando con técnicos de distintos países, caminaron hacia la costa. Al lugar donde estaban fondeadas las lanchas que los debían llevar de vuelta a la base.

Conversando con un compatriota, se encontraba el jefe de la base chilena. Con suma amabilidad les puso al tanto de las características de la misma y les comentó que el vive allí con su familia: su mujer y sus dos hijos. Al mismo tiempo les comunicó que otros dos de sus hijos habían fallecido en un accidente aéreo en territorio trasandino. También aprovechó la oportunidad para agradecer a un oficial uruguayo la invitación de trasladar a sus hijos a tierra chilena en el avión de nuestra Fuerza Aérea, pero le manifestó que los m ismos no viajarían porque tenía la certeza de que el aparato se iba a precipitar a tierra.

Fundamentaba su anuncio diciendo que noches atrás había tenido una conversación con los hijos que estaban en el ciclo, durante la cual aquellos le anunciaron el siniestro que le aguardaba al avión uruguayo. De esa forma los despidió el agorero comandante de la base hermana. Por supuesto que su premonición creó un ánimo muy especial entre los que debían regresar.

Cuando en el viaje de vuelta a la base, al bote se le paralizó el motor en medio de la bahía y la tripulación tuvo que remar para poder arribar a la costa, y cuando ya próxima a ella comenzaron a divisarse focas cuyos lomos marrones aparecían y desaparecían de las aguas cercanas adonde navegaba la embarcación, uno de los que más remaba dejó de hacerlo y con un gesto de resignación exclamó:

-Yo creo que el chileno fue muy optimista... nosotros ni llegamos a subir al avión.

# **CAPITULO XIII**

El último día del año deparó a los uruguayos que allí vivían una jornada muy intensa.

Ya desde las primeras horas se advertía un ajetreo muy particular; estaban preparándose con gran novelería y entusiasmo para la cena de fin de año.

Se pensaba reiterar los buenos momentos vividos durante la Nochebuena y no dejaba de crearles una muy extraña expectativa el hecho de comenzar el año 1986 en territorio antártico.

De pronto, en forma totalmente inesperada y sorpresiva, el clima cambió. Lo que sucedió fue que la radio de la base recibió la noticia de que la isla había sido declarada en estado de emergencia, ya que había desaparecido sobre su superficie un avión chileno que había partido de la localidad de Punta Arenas al mando de un piloto de la misma nacionalidad (gerente de la compañía), un mecánico especializado y ocho turistas estadounidenses que se disponían a pasar la noche del 31 en la isla.

En forma inmediata se movilizó el personal de la base uruguaya.

Varios de ellos, munidos de equipos especiales, se hicieron a la mar luego de abordar dos lanchas "Zodíaco" que estaban emplazadas sobre los cantos rodados que bordeaban la costa. El resto de ellos, fundamentalmente los que integraban el personal médico, quedaron en el "wannigan" a la orden.

Los que colaboraron en la búsqueda desde el agua, en forma continua comunicaban a la base las alternativas que estaban viviendo, como asimismo requerían información acerca de la existencia de nuevos elementos que los podrían orientar en la localización del avión desaparecido. También pusieron en conocimiento de sus compañeros que estaban trabajando en condiciones muy duras; el frío era muy intenso, y las altas olas ponían en peligro la estabilidad de la embarcación.

El anuncio dio lugar para que aflorara la ya señalada y reconocida fraternidad antártica. Todas las bases colaboraron activamente en la búsqueda. Bastaba observar el mar para ver cómo embarcaciones de distintos tipos y nacionalidades navegaban en busca de la aeronave perdida. También sobrevolaban el espacio helicópteros pertenecientes a distintos estados, como asimismo estaban listos para entrar en acción grupos de rescate especialmente adiestrados para actuar en circunstancias como las reseñadas.

Lamentablemente no fue necesario utilizarlos. Poco después de que hubo cesado la tormenta y cuando se llevaban dos horas del operativo, un helicóptero chileno lo ubicó estrellado contra el glaciar Nelson. Dicha elevación se encuentra frente a la base compatriota y, de acuerdo a lo informado por el piloto chileno, se tenía la certeza de que no podría haber sobrevivientes.

Tal aserto se confirmó al llegar un equipo de salvataje al lugar donde se encontraba el aparato siniestrado. Tanto los tripulantes como los pasajeros perecieron en forma instantánea al producirse el choque del avión contra la pared del glaciar.

En círculos chilenos causó una profunda impresión el accidente. Además, cierta perplejidad y sorpresa, porque el piloto era un experto aviador que se dedicaba a realizar vuelos de carácter turístico desde la citada ciudad de Punta Arenas y la Isla San Jorge. Baste decir que cumplía con su viaje número cuarenta a la Antártida, en tanto ya había realizado otros seiscientos sesenta vuelos en el perímetro polar.

Circulaba una versión que podría explicar la causa que provocó la tragedia. Parecería que los turistas americanos, lo dos del sexo masculino y vinculados a distintas ramas científicas, tenían reservada su estadía en la hostería chilena porque querían recibir el nuevo año en sus confortables y cálidos ambientes.

De ahí que cuando al aparato, vistas las condiciones climáticas, se le ordenó derivar a otra pista de aterrizaje, situada a cientos de kilómetros de distancia, el piloto aparentemente acató la orden, pero se comentaba que alguna radio de la zona registró su voz en el momento que decía:

-Veo un claro... hacia allá voy.

Aquel "claro" que percibió, la confianza que le daban sus innumerables vuelos a la isla y sus inmediaciones, y el interés por querer satisfacer el deseo de los nueve pasajeros, lo llevó a la muerte junto con los referidos especialistas americanos y su compatriota que oficiaba de ayudante de vuelo.

Quien llegó hasta sus restos pudo comprobar que con la sola excepción de uno de los pasajeros, todos los demás quedaron sujetos a los asientos. Mostraban el cráneo destrozado y mutilado sus brazos y piernas.

Tan lamentable circunstancia, como era de prever, trastrocó los planes que se habían hecho para recibir el nuevo año.

Los que colaboraron en la búsqueda desde el mar tuvieron que ser auxiliados por sus compañeros que los aguardaron en la costa munidos de abrigos y bebidas fuertes para hacerlos reaccionar del estado que les había producido el frío que padecieron durante el correr de las horas. Mientras tanto, los médicos se mantenían a la orden por cualquier eventualidad.

Cada uno de los que allí moraban quedaron impactados por la desgracia que acababa de suceder sobre una de las laderas del glaciar, que tenían a la vista desde la base.

No obstante, igual se tendió la mesa y se ubicaron sobre el mantel las distintas especialidades. En la cocina, Grillo, luego de encender una hornalla y colocar una olla con algo de agua sobre el fuego, fue echando en su interior unos cuantos chorizos que estaban casi congelados, trozos de ají, morrón, de manzanas, un puñado de sal y un chorro de vino blanco.

Mientras aguardaban que se cocinara, se sentaron en torno a la mesa para beber algo de alcohol y comentar las distintas alternativas que se vivieron como consecuencia del desgraciado episodio.

En eso estaban cuando por la radio se escuchó la voz del comandante chileno. Apelando a un tono severo y hasta marcial recalcó que el accidente había que tomarlo y asimilarlo como un asunto de mera rutina, que el hecho de haber sucedido tal infortunio no suponía suspender los festejos previstos para recibir el nuevo año. Que se debía beber más alcohol que nunca y que, al otro día, al levantarse, se debía continuar en estado de emergencia. Lo que había sucedido -agregó- estaba previsto dentro de los riesgos de la zona.

Esa voz, que resonó en cada una de las bases allí instaladas y que, a través de un tono seco y espartano ordenó beber, produjo una fuerte impresión en todo aquel que la escuchó. Fueron conscientes de que aún ninguno de ellos había sido el protagonista de un acontecimiento de "mera rutina" que se podía considerar que "estaba previsto dentro de los riesgos de la zona".

La pauta de que aún sobrevivían la tuvieron cuando, pasadas las veinticuatro horas, se comunicaron con sus familiares. Entre palabras entrecortadas por la emotividad del momento y voces que no llegaban a oírse con nitidez, fueron intercambiando los consabidos saludos y deseos correspondientes a la fecha que se celebraba.

Cuando volvieron a sentarse alrededor de la mesa, se sentían más reconfortados. La tragedia, en parte, había quedado atrás. En sus oídos quedaron adheridas las voces de mujeres, niños o padres que mitigaban en algo la traumática impresión que les causó saber que del otro lado del glaciar que observaban a diario, diez individuos habían quedado atrapados y decapitados en el interior de un avión Cessna 404-Titán.

### CAPITULO XIV

La iniciación del nuevo año coincidió con la finalización de los trabajos realizados por el equipo científico que se instaló en uno de los galpones de la base para estudiar la composición de la sangre de las distintas especies de pingüinos.

Ya el primer día del año 86 sus integrantes comenzaron a levantar el laboratorio. Las piezas anatómicas se ordenaron en el interior de herméticos dispositivos; realizado lo cual se dedicaron a limpiar y poner en orden el galpón, a los efectos de que su interior volviera a su aspecto original y desapareciera el nauseabundo olor que primaba en los días que intervinieron a las referidas aves marinas.

Ya se comentaba en la base que el avión que les traería de regreso estaba pronto para levantar vuelo desde el Aeropuerto de Carrasco, con destino a la Isla Rey Jorge. Aquella mañana, mientras continuaban con sus labores, fueron sorprendidos por el arribo de varios miembros de la base soviética. Llegaron en un macizo vehículo color amarillo, apto para desplazarse tanto sobre la tierra, la nieve o el mar.

La ocasión fue propicia para intercambiar los consabidos saludos de Año Nuevo y para que se desarrollada una fructífera conversación entre los integrantes de una y otra representación. Sentados unos frente a otros, a lo largo de la mesa principal del "wannigan", levantaron las copas e intercambiaron opiniones y conocimientos acerca del medio que estaban compartiendo.

A los uruguayos les llamó la atención la vestimenta de uno de los visitantes. Era el de mayor jerarquía. Ocupaba el cargo de subdirector del Instituto Antártico Soviético, con competencia no sólo en la isla, sino en los 13.000 kilómetros de superficie del continente blanco.

Estaba vestido como para participar de una recepción de carácter diplomático. Traje oscuro, camisa blanca y corbata azul a rayas. Se abrigaba con un grueso tapado de piel y protegía su cabeza con un gorro de similar origen.

Sentado en medio de sus asesores y visitantes, dialogó durante más de una hora con los distintos componentes de la base.

Dando pautas de dominar a la perfección el idioma inglés, conversó con el comandante y todo aquel que podía expresarse en esta lengua. Luego de brindar y de desearse mutuos éxitos en los trabajos e investigaciones que estaban llevando a cabo, se dispusieron a retirarse de la base.

Después de saludarse de manera algo protocolar, ascendieron al vehículo que dejaron estacionado a unos cincuenta metros de las construcciones. Verlos alejarse produjo cierta perplejidad a los que integraban el grupo de orientales. El constatar la celeridad y comodidad con que el medio de transporte se desplazaba sobre los cantos rodados, la nieve y la absoluta ausencia de riesgos con que navegaba por las aguas, concientizó a nuestros compatriotas de las innumerables limitaciones que impone el subdesarrollo a naciones como la nuestra.

Cuando Grillo, Terra y Fernández regresaron al galpón para continuar con sus tareas de limpieza encontraron, en su interior, al solitario personaje alemán acompañado de su perro.

Con indisimulada curiosidad se interesó por los trabajos e investigaciones realizadas y por los contenidos del "freezer". A pesar de la ambigüedad con que fueron contestadas sus preguntas, igual se mostró interesado por conocer la naturaleza de los trabajos llevados a cabo. Al constatar que las respuestas eran intencionalmente vagas e imprecisas, los observó a los tres con un gesto socarrón y esbozando una sonrisa les diio:

-Yo en agosto viajo a Buenos Aires... no me va a costar ningún trabajo cruzar el río llegar hasta Montevideo... ciudad que no conozco... Estando allá voy a averiguar las travesuras que vinieron a realizar a la isla.

Tal frase fue el comienzo de una serie de apreciaciones que comenzó a realizar mientras su perro olfateaba los dispositivos que contenían la sangre y las piezas anatómicas de los pingüinos.

Así fue que contó que vivió un tiempo en el Ártico (Polo Norte) realizando investigaciones biológicas. No permaneció más porque la zona tiene ciertas características que no son de su agrado. Una de las que mencionó fue su carácter de continente poblado. Sus formas de vida, de carácter vegetal o animal, permiten la supervivencia de grupos humanos autónomos. Por eso, no hay como la Antártida, por su menguada densidad de población.

Dicha característica está asegurada por un tiempo debido a la enorme distancia a que se encuentra de otros continentes. El lugar más próximo es América del Sur, que está ubicado a dos mil kilómetros; Nueva Zelanda se encuentra a cuatro mil setecientos y Tasmania a más de cinco mil.

Ello explica el enorme atraso con que el individuo ha tomado contacto con esa zona polar. Prosiguió el alemán diciendo que en el mapa estructurado por Fine (año 1525), trazado luego del viaje de Magallanes, se indicaba que la Antártida era una inmensa "térra ingognita". Que el navegante inglés Cook atravesó tres veces el círculo polar antártico, aunque nunca consiguió divisar tierra firma alguna. El 17 de enero de 1773 escribió en su cuaderno de bitácora: ..."Navegando hacia el Sur vi un mar cubierto de nieve", señalando con posterioridad:... "que era difícil describir el desolado y salvaje aspecto de los lugares visitados", y al mismo tiempo se preguntaba..."¿cómo serán, entonces, los que se hallan más al Sur?..." Y, a manera de reflexión, señalaba Cook: ..."si alguien tiene la audacia de resolver esa incógnita no le envidiaré la gloria del descubrimiento, pero creo poder afirmar que la humanidad no obtendrá por ello el menor beneficio".

Luego de pronunciar tales conceptos, en forma casi textual, dio unos pasos por el interior del galpón, mientras era observado atentamente por nuestros tres compatriotas y por el perro, que parecía disfrutar de la erudición de su compañero. Luego de llegar a la puerta de la construcción, hizo una seña al perro para indicarle que dejaban el lugar.

Antes de comenzar la marcha, los observó una vez más y les dijo que aquel navegante inglés nunca pensó que alguien, como lo fue el americano R. Frank Jr., haya dicho que el continente antártico morfológicamente puede compararse a una tarta cubierta por una espesa capa de azúcar.

Ya pisando la nieve, se agachó para hundir un dedo enguantado en el interior de su corteza; al incorporarse se lo vio frotar el mismo por su rostro. Así fue que con la barba salpicada por el blanco de esa "azúcar" polar se alejó del galpón acompañado de su amigo.

Había recorrido un corto trecho, cuando se dio vuelta y, sacándose la pipa de la boca, levantó su brazo derecho en señal de despedida, mientras se le escuchaba decir:

"En agosto me tienen por Montevideo..."

## CAPITULO XV

En la mañana de uno de los primeros días del año, se vio salir del "wannigan" al trío que había concluido sus trabajos de investigación.

Se encaminaron hacia donde estaba emplazado el glaciar Collins, pues tenían la coincidente inquietud de llegar hasta su cumbre.

Al borde de la elevación y sobre la costa, en el lugar donde se desprenden los icebergs, se pueden ver elefantes marinos heridos que se adhieren al hielo, pues éste cumple una función vasoconstrictora, de tal manera que al contacto con el frío el animal deja de sangrar.

En la zona predomina un profundo silencio. Ningún animal emite sonido alguno. Parecería que supieran que las vibraciones provocadas por las ondas sonoras pueden aparejar movimientos y desprendimientos de hielos que podrían caer sobre sus cuerpos.

Precisamente, desde el referido borde, iniciaron el camino hacia la cima. Cada uno de ellos llevaba palos para poder desplazarse sobre la nieve y utilizando la radio se comunicaban con frecuencia con el operador de la base.

Durante la ascensión fue frecuente que se auxiliaran mutuamente al quedar alguno de los tres hundido en el hielo. A pesar de las precauciones que tomaban, se sumergían con asiduidad al pisar la "nieve blanca" que se forma como consecuencia de las corrientes de agua que recorren la misma y que provocan la formación de verdaderos túneles que debilitan las capas superiores de su superficie.

Luego de dos horas de andar, arribaron a la cumbre.

Se sintieron satisfechos luego de haber escalado los seiscientos metros que los índices topográficos le asignan al glaciar. En momentos en que se disponían a descansar, fueron testigos de la dramática lucha por la supervivencia de un pichón de gaviota. La pequeña ave era orientada desde el aire por gaviotas adultas que le indicaban los movimientos que debía realizar para escapar de las amenazas de una banda de skúas y de varias golondrinas antárticas.

Tales especies son muy agresivas. La skúa para comerse a los pichones, comienza a devorarlos por la cola.

También tuvieron que tomar precauciones para evitar ser agredidos por las mencionadas especies. Cuando el peligro cesó, tuvieron ocasión de disfrutar el paisaje que se les ofrecía.

Dirigiendo la vista hacia el horizonte distinguían el Canal de Drake con sus olas que se elevaban a cinco metros de altura.

La base uruguaya "José Gervasio Artigas" aparecía como un imperceptible punto oscuro en medio de una inmensidad blanca que llegaba hasta el mar y desplazándose por las aguas se percibían inmensos trozos de hielo que se dirigían hacia destinos inciertos.

Como se levantó un fuerte viento, decidieron emprender el regreso.

Lo llevaron a cabo tomando las máximas precauciones. Sabían, además, que cuatro hombres, ninguno de ellos de nacionalidad uruguaya, habían desaparecido en las vetas del referido glaciar. Conocían, también, sus limitaciones como alpinistas y temían que el descenso les provocara sensaciones de vértigo, inseguridad y que el ritmo de la marcha adquiriera una peligrosa celeridad, vista la pronunciada pendiente que debían recorrer.

Si bien el regreso no les deparó ningún accidente, ni se los vio desplazarse a grandes velocidades, lo cierto fue que no les resultó una experiencia muy placentera.

Ya a poco de dejar la cumbre, se los vio algo separados uno del otro. La preocupación por no pisar en falso, las conversaciones que mantenían frecuentemente con la base, la contemplativa actitud que cada uno adoptaba frente al paisaje que se les abría a la vista fue, poco a poco, alejándolos. Incluso, un recodo hizo desaparecer primero a Terra y luego al "Negro" Fernández. Grillo, que descendía detrás de ambos, los vio reaparecer al rato, como dos formas encorvadas que hundían sus palos en la nieve antes de arriesgarse a dar un paso.

Así, bregando cada uno por su supervivencia, fue que se los vio arribar al pie del glaciar.

No se habían repuesto de la aventura, cuando fueron testigos de una nueva experiencia. En medio de la bahía y trancado por dos rocas se veía a un iceberg de enormes dimensiones. Su altura podría ser similar a la de una casa de apartamentos de diez pisos, teniendo una longitud de aproximadamente doscientos metros. Sabiendo que lo que emerge del agua es aproximadamente un tercio de su verdadero tamaño, era lógico presumir que la superficie que quedaba oculta bajo el mar podía llegar a tener más de cien metros.

Se pensaba que se había desprendido de la Isla Nelson, que es el eterno glaciar que está ubicado frente a la base oriental, y contra el cual se estrelló el avión chileno en las últimas horas del 31 de diciembre del 85.

Camino a la base, encontraron trozos de árboles petrificados. De acuerdo a una explicación dada por una paleontóloga brasileña, dichos troncos datan del tiempo en que la Antártida era un continente sin hielo. El advenimiento de las bajas temperaturas provocó la petrificación de todos los elementos de origen vegetal.

Realmente cansados arribaron al "wannigan".

El diálogo con los compañeros que los aguardaban fue escueto y expresivo. Estos más que alabarles la intrepidez y el espíritu aventurero, pusieron énfasis en señalar la inconsciencia que demostraron al haberse decidido a escalar el glaciar.

El trío de alpinistas casi no hablaba. Sentados en la mesa del comedor, devoraban distintos alimentos que habían obtenido de la heladera y de un estante de la cocina. Sus aspectos nada tenían que envidiar a los alpinistas que se ven en las fotos de revistas especializadas o en las pantallas del cine o la televisión.

Sí, se advertía, que estaban famélicos y rendidos. Cuando finalizaron de comer, se dispusieron a mirar televisión.

Una película de "western" los entretuvo con sus tiros, persecuciones a caballo, la música y las frecuentes riñas de los clásicos "saloons". Contemplando tales secuencias, uno a uno, fueron cerrando los ojos frente a los relucientes revólveres y a las espumantes cervezas que se desplazaban raudamente sobre los mostradores de madera de aquellos legendarios bares del Oeste americano.

De ahí que no haya transcurrido mucho tiempo hasta que se los viera tendidos en sus respectivas cuchetas. A pesar del eterno día, Grillo, Terra y Fernández durmieron profundamente.

No se despertaron hasta el día siguiente, aunque se comentó en la base que durante las horas de sueño se escucharon gritos en la pieza de los escaladores. Nadie los pudo identificar con claridad, aunque uno de los ocupantes del "wannigan" afirma que sintió con nitidez una voz que gritó en medio de una pesadilla:

"Carajo...; quién me habrá mandado subir hasta aquí arriba!"

### CAPITULO XVI

Al día siguiente, al despertar optaron por permanecer en el interior del "wannigan". Con seguridad las alternativas vividas hacía apenas unas horas, los llevaron a prescindir de todo lo que fuese frío, glaciar, viento o riesgos.

Así fue como se los vio desayunar con avidez y, cosa extraña en ellos, se dedicaron a jugar a las cartas, escuchar música y escribir algunos apuntes o anotaciones de viaje.

Lo realmente interesante fue que manipulando distintos cáseles, Terra ubicó a uno de ellos en el grabador porque le llamó la atención la leyenda que tenía registrada. Con letras de imprenta rojas se leía sobre su superficie: "ANTÁRTIDA, VALORACIÓN ESTRATÉGICA".

Bastó manipular el aparato para que se escuchara una nítida voz, que a través de un tono pausado y pedagógico comenzó a hablar. Así fue que se le escuchó decir:

"... Los intereses uruguayos en el área antártica son de diversa índole y comprenden aspectos tan disímiles como son los económicos, científicos, estratégicos y ecológicos. No existe, aparentemente, una relación directa o indirecta entre ellos, excepción hecha de los económicos y estratégicos que, al menos en parte, se condicionan mutuamente. Evidentemente, la concreción de posibilidades en cuanto a recursos explotables y más aun, la calidad y naturaleza de los mismos, pueden significar una variación importante en la valoración estratégica de la región.

Desde otro punto de vista -prosiguió diciendo el disertante -si bien la valoración puede ser determinada para la región considerada aisladamente, parece aconsejable relacionarla con sus entornos vecinos, o más concretamente con el Atlántico sur, para lo cual cabe distinguirla costa americana de la costa africana y en general se puede afirmar que tanto una como otra configuran áreas marginales, de escasa importancia respecto de lo que podríamos llamar una concepción estratégica global. Tal irrelevancia, si cabe la expresión, es más marcada aun en el Atlántico sudamericano toda vez que se considere que la Rula del Cabo adquirió importancia relativa por haber constituido en su momento la ruta alternativa del clausurado Canal de Suez. De ahí que para que se operase una revalorización de la misma, debería ocurrir algún hecho que, tal vez sin alcanzar el calificativo de catastrófico, fuera de tal magnitud que cambiara dramáticamente el panorama hoy existente. Solamente el cierre del Canal de Panamá podría transformar de tal forma el valor estratégico del área, de donde la comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico solamente estaría dada a través del Estrecho de Drake.

La Guerra de las Malvinas, en 1982, puede inducir a error en cuanto a un cambio en las prioridades.

Analizándolo a la luz de los hechos posteriores y contemporáneos con el conflicto, parecería que las islas han vuelto a su intrascendencia secular.

Otro hecho que pudiera re valorizar la zona, siempre desde el punto de vista estratégico, sería la convención para minerales similar a la que existe para los recursos vivos (CCAMLR, Convención para la Conservación de los Recursos Marinos Vivos Antárticos) que introdujo el concepto que la conservación comprende utilización racional, iniciando el camino de una explotación ictícola que llevan a cabo varios países. Algo similar o idéntico puede ocurrir con los recursos no renovables y energéticos, sobre cuya prospección y eventual explotación hay una negociación en marcha cuya décima ronda tendrá lugar en Montevideo en mayo del corriente año".

"Es posible que tal armonización sea más rápidamente alcanzable cuando las variables, precio de recurso y tecnología para extraerlo, puedan compatibilizarse de manera de hacer factible una explotación rentable.

La resolución de la ecuación de la rentabilidad es, pues, esencial. Si los precios están deprimidos, como al presente, o la tecnología extractiva es relativamente cara o no está disponible, máxime considerando los severos factores climáticos antárticos, el acuerdo comercial inminente o inmediato y su concreción podrá dilatarse si no indefinidamente, por lo menos por un lapso impredecible, que incluso podrá condicionar, de alguna forma, la eventual revisión que del Tratado Antártico debe efectuarse en 1991, fecha en la cual vencen los treinta años de su ratificación por parte de los signatarios originales.

Esta posibilidad de explotación constituye el eje de una pretensión de Malasia, al que acompañan la mayoría de los países tercermundistas en la Asamblea General de ONU, en el sentido de declarar a la Antártida "Patrimonio Común de Humanidad".

No obstante lo precedente, la valoración estratégica puede variar según el potencial de cada país, su geografía y, consecuentemente, su política.

Chile, para citar un ejemplo, goza de una ubicación excepcional. Su privilegiada situación, salida a los océanos Atlántico y Pacífico, control de los estrechos de Magallanes y Drake y posesión de las Islas de Pascua y Juan Fernández, lo habilitan para mantener legítimas expectativas en el continente blanco".

En la otra cara del cassete, se escuchó:

"...No pocos observadores son adeptos a la teoría de que el conflicto Este-Oeste no tiene forma posible de solución en el lugar donde se gestó, buscando las superpotencias alcanzar primero y consolidar después una hegemonía en el hemisferio austral, en particular sus espacios marítimos y sus recursos.

En el mismo sentido se ha manifestado el Centro de Investigaciones Europeo-Latinoamericano (AURAL).

Tal centro ha diagnosticado que... las múltiples disputas de soberanía y las reclamaciones de varios países en el Atlántico sur y la Antártida hacen prever acciones bélicas aisladas y la militarización de la región. Así lo estima dicho organismo, que es auspiciado por la Fundación Socialdemócrata Alemana Friedrich Ebert, por varios organismos europeos y de América Latina".

Más adelante agrega el informe: "Que se observa un creciente interés de las superpotencias por el valor, en términos militares, de la región antártica y su zona marítima adyacente, fuente de incalculables riquezas y de un alto potencial estratégico. La Antártida, pues, puede aumentar gradualmente su importancia como sistema de comunicación y detección, de sitio de lanzamientos de misiles hacia blancos navales de países australes de América y África y, muy particularmente, como refugio de submarinos nucleares".

Apenas se hubo escuchado tal expresión, el cassete calló. También ellos quedaron en silencio junto a otros compañeros que se habían acercado al grabador para escuchar o volver a oír los conceptos de un especialista sobre temas antárticos.

Era la primera vez, desde que habían descendido del avión en la base chilena, que escuchaban hablar de misiles y submarinos atómicos.

Una intensa depresión y hasta tristeza ganó a todos.

Evidentemente el aislamiento, la distancia, los rigores del clima, las dificultades que el individuo tiene para poder sobrevivir en tal ambiente, no serían inconvenientes para que bajo los hielos o entre los picos de los glaciares se instalaran misteriosos arsenales.

De ahí que cuando rato antes de disponerse a almorzar dieron una caminata alrededor de la base, se sintieron solidarios con innumerables focas, elefantes marinos y aves que, descansando sobre los cantos rodados o surcando el aire, aún podían disfrutar de su milenaria soledad.

#### CAPITULO XVII

Estaba previsto que en el próximo vuelo del avión a la Antártida regresarían Grillo y sus amigos. De ahí la lógica angustia e inquietud que vivían al no tener una fecha exacta de cuándo aterrizaría el aparato en la pista chilena.

Sabido es que las condiciones del tiempo son las que determinan las posibilidades de comunicación, sean éstas por aire, mar o tierra.

Por radio llegó la noticia que el avión había levantado vuelo del Aeropuerto de Carrasco. Se aguardaba que si las condiciones climáticas eran favorables en Punta Arenas y si sobre la isla no se desataba ninguna tormenta de viento, lluvia o nieve, el aparato podría aterrizar el día 6.

Así sucedió. Como era de prever, la partida aparejó una serie de complicaciones y riesgos. El traslado de los materiales, equipos y valijas se realizó a través del mar. Ocho viajes debieron hacer las lanchas "Zodíaco". Todo esto insumió su tiempo: desde el mediodía hasta las veinte horas.

En el último viaje fueron Grillo, Terra y Fernández. Cacho, el experto mecánico, oficiaba como lanchero. Además, la embarcación trasladaba diversos bultos y equipajes. Antes de comenzar a navegar por las heladas aguas, acondicionaron la carga de la mejor manera posible y se despidieron de los compatriotas que quedaban por un tiempo más viviendo en la base.

Fue un saludo de una intensidad muy particular. A pesar de haber convivido *poco* más de veinte días, había nacido en el grupo un real espíritu de cuerpo. Por eso, aquel día, parados sobre los cantos rodados y al borde del mar, se abrazaron y se desearon lo mejor.

La embarcación encendió el motor y comenzó a desplazarse sobre las aguas. Atrás quedaban la imagen de los "wannigans", las banderas y las figuras de los compañeros que aún permanecían sobre la costa.

El viaje transcurría normalmente hasta que se escuchó un fuerte estrépito en el extremo de un glaciar. Al dirigir sus miradas en esa dirección, constataron que sobre la costa se veían dos o tres pingüinos que daban pauta de una gran agitación, apareciendo y desapareciendo de esas heladas aguas, mientras que otro ejemplar de la misma especie comenzaba a ser devorado por una orea.

Conocida es la ferocidad de tales cetáceos, que pueden llegar a medir nueve metros de largo, de una enorme peligrosidad y que a veces, incluso, atacan apresas que han emergido del mar para buscar resguardos en los hielos flotantes o glaciares. En tales casos, la orea se sumerge y cuando está ubicada a la altura donde se halla su víctima, emerge bruscamente provocando la ruptura del hielo y la caída de su presa al mar.

El instinto de conservación de los orientales que navegaban hacia la base chilena, les hizo rogar que el pingüino saciara el apetito del victimario, a fin de que la presencia de la embarcación pasara desapercibida para el temido ejemplar de la especie Orcinus Orea.

Por fortuna, se pudo seguir avanzando sin la alarmante presencia de dichos cetáceos. Sí navegaban por sus cercanías focas que, salvo circunstancias excepcionales, no atacan al hombre aunque pueden provocar un accidente de graves consecuencias al chocar con la embarcación.

Cuando parecía que se llegaría a destino sin ningún tipo de inconveniente, repentinamente cambiaron las condiciones del tiempo. En forma brusca se produjo un pronunciado descenso de la temperatura e inmediatamente cambió el viento. El mar se picó y se levantaron grandes olas que pusieron en peligro la estabilidad de la embarcación.

Sus pasajeros comenzaron a ser mojados por un agua helada que ingresaba por todos los costados de la embarcación. Lo que más preocupaba era que la lancha, al avanzar de costado, no ofrecía resistencia a los embates de las olas y, más de una vez, se la veía oscilar sobre la cresta de alguna de ellas.

En esas circunstancias fue cuando salió a relucir la pericia del "Cacho", que sabiamente fue graduando las revoluciones del motor y demostrando una enorme serenidad y sangre fría hizo posible que la embarcación pudiera arribar a las cercanías donde se emplazaba la pista de aterrizaje.

Cuando se estaban acercando a la costa, divisaron a otro compañero que también emprendía el viaje de regreso: el alemán y su perro.

Restaban pocos metros para atracar cuando, en forma totalmente sorpresiva, el can abordó la lancha. De su boca colgaba el extremo de una cuerda; el otro, era sostenido por su patrón que se desplazaba por las cercanías del mar. Impulsados por la fuerza y la habilidad del científico teutón, la embarcación recorrió los últimos metros de su travesía en forma ágil y segura.

Había culminado una de las etapas más riesgosas del viaje de regreso.

Luego de colocar los bultos en el interior de un vehículo chileno que los aguardaba, arrancaron en dirección a la pista de aterrizaje. Al rato, el grupo de uruguayos que regresaba se templaba bebiendo café en la base chilena. Caminando por sus inmediaciones se veía al alemán que, periódicamente, elevaba su vista en busca del aparato.

Cuando se anunció por los altoparlantes que en minutos el Fairchild aterrizaría, los compatriotas dejaron sus tazas y corrieron hacia la pista. Con ellos lo hizo el perro que los ayudó a desembarcar y, algo más atrás, y sin modificar su ritmo de marcha, caminaba su dueño. Cuando volvieron a estar juntos, éste se despidió de cada uno de los que regresaban. Su gesto no fue muy expresivo ni pretendió abrazar a nadie. Se limitó a estirar su diestra cubierta por un grueso guante, a no pronunciar palabra alguna y a mostrarles un rostro donde se destacaba la antártica tristeza de sus ojos profundos y claros.

# Capitulo XVIII

En minutos se vio al Fairchild enfilar hacia la pista y, luego de un perfecto aterrizaje, quedar detenido en medio de ella.

Cuando se abrió la puerta y descendió el pasaje, éste se encontró que estaba siendo aguardado por los que regresaban al país. Los que partían parecían experimentados habitantes de esos hielos; los que acababan de llegar, entre los que se encontraban veterinarios, geólogos, cartógrafo y el nuevo jerarca militar, que venía a ocupar el cargo del Cnel. Porciúncula, si bien estaban vestidos como para sobrevivir en dicho medio, daban pauta de haber abandonado no hacía mucho tiempo el confort de sus respectivos hogares.

A pesar de que la mayoría se veía por primera vez, lo cierto fue que se abrazaron como viejos amigos. Tal fue la novelería y la alegría al encontrarse, que Grillo, con la cámara fumadora, registró el descenso del aparato. En un momento, influenciado por el clima que se vivía a su alrededor, renunció a su vocación de cineasta y dejó que su máquina trabajara sola. Basta ver lo que ha filmado para cerciorarse del estado de ánimo que experimentaban los compatriotas que se encontraban al pie del avión.

Como las condiciones del tiempo eran aptas para volar, se ordenó acelerar los preparativos para que el aparato levantara vuelo cuanto antes. Fue entonces que Grillo, acostumbrado a manejar el bisturí y los catéteres, se hizo de una escoba para barrer el avión. El entusiasmo y eficacia con que emprendió la tarea provocó una serie de comentarios acerca del controvertido tema de las vocaciones profesionales.

Volvían al país parte del personal militar y civil y los miembros de la expedición científica. También viajaban cuatro integrantes de la misión china, cuyo destino era la localidad chilena de Punta Arenas. Los mismos se integraron al resto del pasaje sin que se les hubiese exigido formalidades de ningún tipo. Nadie sabía cómo se llamaban y si portaban documentos. Legitimaban su pedido por el hecho de ser habitantes de la Antártida. Lo cierto fue que al rato de estar volando los cuatro técnicos orientales se adaptaron sin ningún esfuerzo a las modalidades de nuestros compatriotas.

Sentados en el piso del avión, dialogaban en inglés y aceptaron de buena gana más de una empanada de las que habían sido preparadas por el cocinero de la base para servir de alimento durante la travesía aérea.

El cruce del Canal de Drake no deparó ningún sobresalto, y luego de dos horas de viaje el pasaje experimentó una extraña sensación. Se volvían a introducir en la oscuridad de la noche, luego de haber vivido más de veinte días a pleno sol. Más de uno trató de dormir amparado en las sombras que fueron cubriendo el interior del Fairchild.

El aterrizaje en Punta Arenas no tuvo las alternativas experimentadas en el viaje de ida. La ausencia de fuertes vientos permitió que el avión se posara sin ningún tipo de inconvenientes en la iluminada pista del aeropuerto chileno.

Desde allí fueron trasladados en dos camionetas a un hotel ubicado en el centro de la localidad. El cruce de la ciudad los mostró como seres primitivos, que se asombraban de ver los luminosos de los comercios, los restaurantes y los numerosos lugares de diversión nocturna.

Los viajeros apenas llegados al hotel optaron por ubicarse debajo de las duchas, cenar y distribuirse en el interior de los dormitorios que tenían asignados.

En la mañana del día siguiente, se dedicaron a recorrer las calles y plazas. En el centro de una de ellas se levanta el monumento al Indio Patagón. Al observar su figura se advierte que el dedo grande del pie derecho está erosionado. Dice la leyenda que todo aquel que desea volver a tales tierras debe besar el dedo del viejo indio, que representa a través de su vigorosa figura a todos los patacones que vivieron en la parte sur del territorio trasandino.

También tuvieron oportunidad de llegar al lugar donde se levanta el monumento que recuerda la figura de Magallanes. Con admiración y hasta con simpatía contemplaron al intrépido navegante que le dio nombre al canal que une a los océanos Pacífico y Atlántico. En parte se sentían hasta colegas del famoso español a quien conocieron durante los primeros años de su instrucción primaria.

Aún saboreando los mariscos y el buen vino chileno, volvieron al avión para dirigirse a la base argentina de Trelew.

Durante el vuelo se hablaron de muchas cosas. Se comentó en forma jocosa más de una situación que se había presentado durante esos veinte días de convivencia y, también, se fueron exorcizando pequeñas fricciones, malentendidos o desavenencias que inevitablemente se producen en toda convivencia.

Así arribaron a la base argentina.

Dado el carácter militar de la misma, debieron permanecer en el interior de la nave. Mientras aguardaban reanudar el viaje, alguien recordó cuando, de paso a la Antártida, Grillo había adquirido a un soldado de la base un litro de café frío y amargo por la "módica" suma de cinco dólares. No obstante los comentarios de todo tipo, casi se repite la historia, porque Rodríguez propuso conseguir leche caliente para mitigar en algo el frío que experimentaban. Casi de inmediato se abandonó la idea, dado que un joven uniformado que pasó caminando cerca del Fairchild solicitó una cantidad de moneda fuerte casi similar a la anterior y, sobre todas las cosas, porque se tenía la seguridad de que de concretarse la operación comercial podría afectar los indisolubles vínculos que unen a los dos pueblos hermanos.

Con la tranquilidad de haber mantenido intactos tales principios y sentimientos, la aeronave levantó vuelo para cumplir la última etapa de la aventura.

Su destino era Montevideo.

Durante la travesía se repasaron momentos vividos en el interior de los "wannigans", en los viajes en lanchas, en las caminatas, en los diálogos con el personaje de origen alemán, en las cenas de Nochebuena y Fin de Año, hasta se habló del jefe de la base y se apostrofó al cocinero.

Lo que se podía advertir a través de las distintas conversaciones era que esos individuos estaban relacionados por vínculos muy especiales. No se podría decir que fuesen amigos, tampoco meros compañeros de aventuras. Sí, quizás, que había nacido entre ellos una fuerte e indisoluble solidaridad. Quizás porque fueron integrantes de una misión que se movió en un medio donde la muerte no aparece como algo ajeno y abstracto. Siempre está presente. Por haber superado juntos tal acechanza se sentían fuertemente unidos. No interesaba el tiempo que había convivido; lo esencial fue que el grupo creó los mecanismos de protección y de defensa necesarios para que la Parca no haya convertido a nadie en héroe; a quien la historia, con seguridad, recordaría como un valeroso pionero de la conquista del continente blanco.

Conversando sobrevolaron La Plata y Buenos Aires para, al rato, ingresar en territorio nacional. En esos instantes, todos pegaron sus barbas a las ventanillas del avión. Por varios minutos quedaron en silencio.

Cuando el Fairchild sobrevoló Montevideo, cada uno tuvo conciencia que dentro de esa angosta franja que va desde la costa del Río de la Plata hasta el borde de los aledaños de la ciudad estaba contenida la problemática de cada uno de ellos.

Ya no contaban las focas, los cetáceos, las bajas temperaturas, las traicioneras nieves, ni los pingüinos. En minutos se los vería abrazados por quienes los fueron a aguardar al Aeropuerto de Carrasco. Confundidos por el calor y entusiasmo de tales efusividades, los integrantes del grupo se irían separando imperceptiblemente.

Tal fue lo que sucedió.

Por eso, quince minutos después de que hubo aterrizado el Fairchild yo me encontraba viajando rumbo al centro, en el interior de un auto cuyo asiento de atrás lo compartía con mi barbudo amigo Grillo, cuyas ropas estaban impregnadas de un fuerte olor a pingüino.

## CAPITULO XIX

De aquella tarde del día siete de enero del corriente año han transcurrido varios meses.

Durante los mismos he escuchado infinidad de grabaciones, he observado diapositivas y visto escenas filmadas por la cámara de Grillo.

He conocido a algunos de los que convivieron con ellos el tiempo en que llevaron a cabo su experiencia con los pingüinos. He visitado un buque inglés que hizo escala en Montevideo, procedente de la Antártida. Supe, a través de las explicaciones de su oficialidad y de un audiovisual, que hicieron conocer a quien visitó el buque, el interés que muestran por todo lo que se relaciona con dicho continente y los sofisticados medios que poseen para recorrer sus aguas y hielos. He leído publicaciones extranjeras y colecciono con especial interés toda información que se refiere a esa zona del globo.

Pero, por sobre todas las cosas, me he interesado por las conclusiones a que ha arribado el equipo científico luego de haber transcurrido un cierto tiempo en que, me consta, se han llevado a cabo exámenes y estudios del material aportado por la expedición.

Es necesario señalar que en distintos países europeos, y movidos por idénticas intenciones, se realizaron experiencias con aves como el pavo, el pollo, el ganso y la paloma.

Como es sabido, los resultados de las investigaciones científicas siempre requieren un tiempo para darse a conocer. No obstante, tengo sobre mi mesa un trabajo que sus autores han titulado "Estudio de Lipoproteínas Plasmáticas y su relación con la Arteriesclerosis en el Pingüino". El mismo está suscripto por los profesionales: B. Grillo, W. Alallon, F. Terra, J. Gallo y J. Purriel.

Transcribirlo es imposible. No por su extensión, consta de siete páginas, sino porque su terminología es eminentemente técnica y escaparía a todo lector que no esté familiarizado con expresiones de tal naturaleza.

No obstante es necesario e imprescindible a los fines de la presente publicación, adelantar algunos de los conceptos que tal informe contiene.

Así en su "Introducción" se puede leer:

"...El conocimiento de la bioquímica de las lipoproteínas plasmáticas en el hombre, ha llevado en las últimas décadas a una mejor comprensión en el desarrollo de la arteriosclerosis. La importancia de la alimentación en el desarrollo de la misma y su efecto sobre las lipoproteínas, tanto en el hombre como en la experimentación animal, ha sido demostrada. Dichos conocimientos se han enriquecido con los estudios realizados sobre el tema en aves, especialmente la paloma, el pollo, la gallina, el gallo, el pavo, el ganso y el quail japonés. Dentro de estos estudios no hemos encontrado referencias sobre la bioquímica de las lipoproteínas ni sobre la arteriosclerosis en el pingüino. Por lo antedicho, en el presente trabajo se estudian las lipoproteínas y la presencia de arteriosclerosis en el pingüino en estado salvaje en su hábitat natural, la Antártida".

En el capítulo siguiente, y bajo el título "Material y Métodos", se lee:

"Se estudiaron 15 pingüinos de tres especies: 5 Pigoscelis Adelia, 5 Pigoscelis Papúa y 5 Pigoscelis Antártica de un peso mayor de 4 kilogramos, capturados en la Base Artigas (Shetland del Sur) en el bimestre diciembre-enero, estando por tal motivo en el período de reproducción y con alimentación natural de peces y krill, con una temperatura ambiental entre O y -15 C°. Los pingüinos fueron anestesiados con pentobarbital sódico, 40-50 mg./kg. i/p., obteniéndose la sangre por punción de vena branquial, separándose el plasma por centrifugación y colocado en bolsas plásticas de 50 mi. de capacidad, conservándolas a -10 C°. Fueron sacrificados tres pingüinos, uno de cada especie con sobredosis de pentobarbital, extrayéndoseles muestras de arteria aorta, subclavia, carótidas, cervicales y coronarias, que fueron colocadas en formol al 10%. En las condiciones mencionadas, plasmas y arterias fueron transportadas a Uruguay para su estudio. Además se estudiaron como referencia 20 muestras de plasma humano, 10 hombres y 10 mujeres, cuyas edades oscilaban entre los 30 y 50 años, sin riesgo coronario.

Las arterias, con un promedio de 20 fragmentos en cada caso, fueron incluidas en parafina y estudiadas histológicamente con las tinciones de hematoxilina-eosina y el tricrómico de Cajal-Gallego modificado para fibras elásticas".

Continúa el capítulo explicando los métodos utilizados para llegar a las conclusiones; creo necesario obviar la transcripción de los mismos por su carácter estrictamente técnico e ir directamente al de: "Resultados".

#### El mismo nos dice:

"...Se comprobó que la estructura histológica (cortes observados al microscopio) de los vasos arteriales de mayor calibre corresponde a las arterias de tipo elástico." En ellas la capa media está constituida por una serie concéntrica de láminas elásticas, de espesor uniforme, entre las que se dispone el tejido conjuntivo y las células musculares lisas. En la parte periférica se aprecia un conjuntivo laxo con pequeños vasae vasorum.

Las arterias de menos calibre (carótidas, coronarias) son del tipo "muscular" característico.

En ellas se observa una nítida limitante elástica interna, sobre la que reposa el revestimiento endotelial con un tejido subendotelial prácticamente virtual.

La capa media está formada en su mayor parte por células musculares lisas y por fuera se aprecian varias capas irregulares de fibras elásticas de la limitante elástica externa. Por último una advertencia constituida por tejido conjuntivo laxo.

Cuando se estudió el paquete vásculo-nervioso, se vio que éste está constituido por una arteria, dos venas satélites y un nervio sin caracteres especiales a destacar.

En ninguno de los casos, en los distintos cortes de las diversas arterias estudiadas se observó la existencia de lesiones ateromatosas."

En la sección "Comentarios y Discusión" se lee:

"...siendo a destacar que no sólo no apareció la típica placa de ateroma (arteriosclerosis), sino que tampoco se observó el más mínimo engrosamiento del tejido conectivo subendotelial, ni se apreció la existencia de posibles indicios hipatológicos de envejecimiento vascular (desdoblamiento, fragmentación o engrosamientos irregulares de la limitante elástica interna, fibrosis de la media)".

Y termina diciendo ". ..En conclusión los pingüinos presentan una constitución lipídica de sus LP semejantes a otras aves con particularidades metabólicas lípicas propias de las mismas, que sumados a aspectos propios de su perfil apo-LP y de la composición en CE, este último posiblemente relacionado con su alimentación en estado salvaje, así como a las situaciones especiales de su ambiente natural, la Antártida, explicarían la ausencia de arteriosclerosis en los mismos."

Las particularidades de tal metabolismo podrían ser las causantes de su menor tendencia a la arteriosclerosis como asimismo el carácter salvaje de su alimentación. De ahí la intención de realizar nuevos estudios basados en las reacciones que tales aves tendrían ante distintos alimentos que tengan sobrecarga de colesterol; sería la manera de saber si en su organismo se forman o no placas de ateroma."

Hasta aquí el informe y las reflexiones que de él se desprenden.

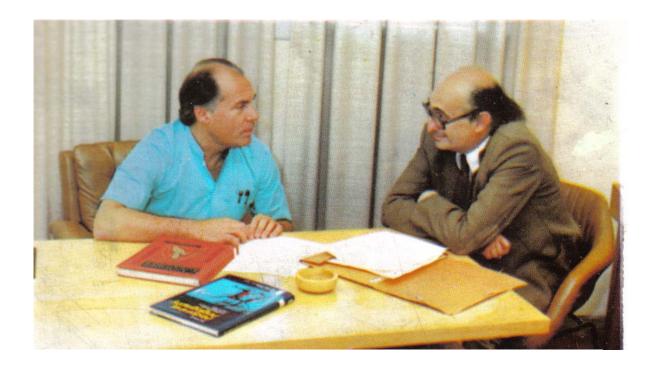
Es el punto de partida para posteriores investigaciones y estudios. Que desde ya se puede asegurar que se van a llevar a cabo, porque tanto Grillo como Terra y Rodríguez están dispuestos a volver a la brevedad a la Antártida a continuar con sus trabajos experimentales.

Tan es así que me han insinuado que los acompañe. Quieren que yo conozca "in situ" esas tierras de las que ellos tanto me han hablado. Entienden que se puede escribir con otros fundamentos y conocimientos, viéndoles trabajar en pleno territorio antártico, anestesiando y extrayéndoles sangre a los pingüinos.

Siempre que me lo comentan, asumo la misma actitud: levanto los hombros, me aliso el pelo con la mano derecha, me acomodo los lentes y esbozo una sonrisa.

Ellos interpretan mi actitud como un gesto donde afloran al mismo tiempo la timidez y la indecisión; lo que realmente ignoran es que tal reacción es un patológico y preocupante tic nervioso que surge en mí cada vez que escucho la palabra pingüino.

-----



"Un Cálido Rincón" es un libro que nace como consecuencia de sucesivos encuentros y charlas entre un investigador y un narrador. El Dr. Bartolomé A. Grillo viaja a fines del año 1985 a la Antártida. Permanece en la Isla Rey Jorge —donde está emplazada la base científica antártica "Artigas"— más de tres semanas.

Secundado por sus ayudantes técnicos, emplaza un laboratorio en la referida base.

Durante ese tiempo examina la sangre y demás órganos de los pingüinos con el fin de hallar determinadas sustancias aptas para combatir la arteriosclerosis en el ser humano.

A su regreso, relata sus vivencias a Carlos Mendive.

El libro recoge no solamente la experiencia científica; sino, que, a través de su desarrollo, el lector ingresa a una desconocida zona que ofrece a cada paso las acechanzas de sus grutas, mares y orcas, como asimismo, nos hace conocer la solidaridad que nace entre los individuos que conviven entre sus hielos y extremas temperaturas.